



DE 14 A 20



De 14 a 20, revista literària. Núm. 2, tardor 2015.

Institut Puig Castellar
Santa Coloma de Gramenet

ÍNDIX

• Presentació.....	4
• Relats guanyadors (curs 2014-2015):	
◦ El juego de la medianoche.....	5
◦ Animales.....	17
◦ A la deriva.....	22
◦ Fragmentos.....	25
• Reflexions i consells d'alguns mestres:	
◦ Edgar Allan Poe.....	28
◦ Juan Carlos Onetti.....	30
◦ Julio Cortázar.....	31
◦ Friedrich Nietzsche.....	36
◦ Gabriel García Márquez.....	37
◦ Horacio Quiroga.....	40
◦ Italo Calvino.....	41
◦ Ernest Hemingway.....	42
◦ Augusto Monterroso.....	43



Homenatge a Franz Kafka

en el centenari de la publicació de *La transformació* (1915-2015)

[Per a més informació sobre aquesta revista i el concurs De 14 a 20, adreceu-vos a l'AMPA de l'Institut Puig Castellar]

PRESENTACIÓ

Tal com estava previst, el 23 d'abril de 2015, a un acte literari celebrat a la biblioteca d'aquest institut, van fer-se públics els títols del relat guanyador del concurs De 14 a 20, “El juego de la medianoche”, de Núria Fernández Bermejo, de l'Institut Ramon Berenguer, i dels altres tres finalistes: “Animales”, de Daniel Montes Bautista, de la Universitat Pompeu i Fabra, “A la deriva”, de Marta Alarcón Márquez, de l'Institut Puig Castellar, i “Fragmentos”, de Patricia Pérez Aguilera, de l'Institut Can Peixauet. El jurat va valorar públicament el bon nivell dels treballs finalistes i la participació d'alumnes de quasi tots els instituts de la ciutat, amb relats de gran interès i amb una gran varietat de tècniques i temàtiques.

Ara, per tercer any consecutiu, l'AMPA de l'Institut Puig Castellar convoca aquest curs el premi “De 14 a 20” i torna a fer una crida a tots els joves colomencs lletraferits de 14 a 20 anys perquè hi participin. Al mateix temps presenta aquesta publicació, que vol ser una referència i una eina d'aprenentatge per als joves lectors de la ciutat: aquí tenim els relats guanyadors del curs passat i una sèrie de consells i reflexions de grans escriptors.

En aquest cas, a part del decàleg per a escriptors d'un filòsof (l'alemany Friedrich Nietzsche), hem triat bàsicament opinions de narradors llatinoamericans (Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Augusto Monterroso i Horacio Quiroga), tots ells mestres del conte i molt recomanables com a models, com ho són els dos nord-americans triats, Edgar Allan Poe i Ernest Hemingway, i l'italià Italo Calvino. Tots aquests autors són encertadament considerats clàssics i a les seves opinions personals, i molt contundents en alguns casos, hi podem trobar pautes a tenir en compte a l'hora d'escriure. De totes maneres, és veritat que cada jove ha de buscar el seu propi estil com ha de buscar el seu propi camí a la vida, sense oblidar, però, que la literatura no comença amb nosaltres i que de tots els mestres del passat podem rebre lliçons molt profitoses. En aquest sentit, no convé tampoc oblidar el referent que suposa per a tots els joves que tinguin la literatura com a vocació l'exemple de Franz Kafka, per la seva voluntat d'escriure per damunt de qualsevol altre dedicació. En aquest cas, no hem posat cap decàleg seu sobre l'escriptura, però, aprofitant el centenari de la publicació de *La transformació* (1915-2015), més coneguda com *La metamorfosi*, hem volgut dedicar-li un petit homenatge a la nostra portada i ara recordem una de les seves idees més citades sobre l'efecte que haurien de tenir els llibres: “Si el llibre que llegim no ens desvetla com ho faria una punyada al cap, llavors per què el llegim? perquè el seu estil ens farà més feliços? Déu meu, també seríem feliços sense llibres i, al capdavall, si tant calgueren llibres d'aquests per a ser feliços, en un cas d'emergència, també ens els podríem escriure nosaltres. (...) Un llibre ha de ser una destrat per a la mar gelada de dins nostre” (d'una carta de Franz Kafka al seu amic Oskar Pollak del 27 de gener de 1904).

El coordinador

EL JUEGO DE LA MEDIANOCHE¹

Necesito escribir lo que me sucedió. Quizás en un vano intento por arrancar de mi ser un horrible recuerdo o, tal vez, para acallar las voces de mi tormentosa cabeza. No lo sé. Lo único cierto es que no he vuelto a ser el mismo. Desde entonces mi pulso no ha dejado de temblar. Cada noche me despierto gritando con esas imágenes indescriptibles aleteando en mis párpados. La locura martillea mis sienes y el miedo encoge mi corazón a cada minuto. No confío en nada ni en nadie, ni siquiera en mí mismo. Sufro en silencio, pero eso no importa porque nadie me escucharía. Estoy solo y me dejo languidecer en los rincones oscuros de mi cabeza que todavía conservan algo de lucidez. La cordura es algo que perdí hace mucho, lentamente, como un árbol al que se le van cayendo las hojas. En realidad, perdí mucho más que la cordura. Ahora solo soy un fantasma, una sombra de lo que fui, que se vuelve cada día más gris e invisible. Pero si hay algo que duele no es la locura que me va consumiendo. Lo que realmente duele son los recuerdos.

Tenía apenas veinte años cuando la conocí. Alice. Ese era su nombre. Cinco letras en perfecta armonía. Cinco letras que dibujaban en el aire un rostro de dulce belleza. Todavía recuerdo la profunda mirada de sus ojos acaramelados o sus negros cabellos ondeando por la brisa estival. Su carácter era fresco y tierno al mismo tiempo. Se mordía el labio inferior cuando estaba nerviosa y tenía cinco sonrisas diferentes. Su voz aceleraba mi pulso. Se movía con la delicadeza de un pétalo de rosa que vuela con el viento. La primera vez que me miró yo estaba tan alhelado observándola que le dediqué mi mejor sonrisa de idiota. Sin embargo, y aún sigo sin saber cómo pudo suceder, ella terminó por enamorarse de mí.

Éramos felices. Pero cometí un terrible error. Los dos crecimos en el seno de una familia humilde. Sabía que se sufría y la vida en la escasez era dura. Yo quería una vida mejor para ella. Quería darle todo lo que yo no había tenido. Entonces, casi sin darme cuenta, empecé a mentirle. Jamás lo hice para hacerle daño, solo quería verla feliz. Le dije que tenía cosas que no poseía, la invitaba siempre aunque sabía que eso me costaría horas extra, la obligaba a aceptar el dinero que le ofrecía, un dinero en realidad no podía ofrecerle. Todo manteniendo una falsa imagen de desahogada situación económica. Le prometí la luna y las estrellas cuando yo no llegaba a alcanzar ni las copas de los árboles. Cuando ella aceptó casarse conmigo, todas las mentiras y las promesas empezaron a ejercer todavía más presión sobre mí. Supe que me había equivocado, que en cuanto supiese la verdad la perdería y que eso no podría superarlo. Trabajé duro, desesperadamente, pero

¹ Relato ganador de la segunda convocatoria del concurso De 14 a 20, curso 2014-2015.

eso no bastó. Era demasiado tarde para confesar la verdad pero tampoco podía continuar con el engaño.

Cuando me resigné a asumir una dolorosa ruptura, me crucé con un hombre muy extraño. Yo caminaba pesadamente de regreso a casa y, en una calle solitaria, estaba él, de pie, mirando su antiguo reloj de bolsillo. Parecía que estuviera esperando a alguien. De hecho, ahora pienso que aguardaba mi llegada. Su vestimenta parecía tan vetusta como su reloj, sin embargo, estaba pulcramente cuidada y lucía una impecable elegancia y distinción. Iba todo de negro, salvo por unos guantes blancos que le cubrían ambas manos y por un pañuelo escarlata que llevaba al cuello. Su pelo era de color rojizo, sus ojos tenían un extraño color melado y poseía un bigote que le daba cierto aire aristocrático. Seguí caminando, preguntándome que haría ahí plantado un hombre de tal apariencia. Cuando ya estaba cerca, el hombre me miró de un modo que no supe descifrar. Decidí ignorarlo y centrarme en mi camino. Al llegar a su altura, el hombre llamó mi atención.

—Disculpe... —dijo una voz perfectamente educada a mis espaldas.

Me paré en seco. Recuerdo que dudé un momento antes de girarme para ver un rostro aguileño de no más de treinta y cinco años, a lo sumo. Sus facciones, algo angulosas, le conferían cierto aspecto zorruno, en contraposición con sus aires de majestuosidad y perfectos modales.

El hombre me miró con interés.

—Comprendo su situación —me dijo—. Usted solo mentía porque creía que era lo mejor. No quería desilusionar a nadie. Usted lo hacía con buenas intenciones —aseguró.

No esperaba que esas fueran las palabras que brotasen de su boca. No comprendí como aquel hombre podía saber eso. Como respuesta, solo logré mantener el silencio.

—Ha intentado conseguir lo que prometió con todo su esfuerzo pero eso no es suficiente —continuó—, sin embargo, existen otras alternativas.

—Perdone, pero no me interesa lo que pueda ofrecerme —reaccioné por fin—. Está perdiendo el tiempo.

El hombre no se mostró contrariado a mis palabras. Me miró con una expresión extraña, como si ya se esperase recibir esa contestación por mi parte.

—No pretendo tratar de venderle algo, o hacerle partícipe de algún asunto turbio. Simplemente quería ofrecerme a facilitarle una información que podría solucionar su problema. Yo lo miré con desconfianza. Durante un momento estuve a punto de reemprender la marcha y alejarme de aquel hombre para siempre. Pero algo dentro de mí, supongo que la desesperación, me empujó a escuchar lo tenía que decirme.

—Está bien, usted dirá.

Sonrió amablemente.

—Dentro de tres días, habrá luna nueva. Esa noche usted deberá ir a un lugar alejado de la civilización, donde esté completamente solo. Allí deberá llevar una venda para los ojos, una vela blanca y una vela negra...

—Espere, espere —le interrumpí, extrañado por lo que estaba escuchando—, ¿qué se supone que me está contando?

El hombre calló un momento. Luego, bajando la voz, dijo:

—Algo que le concederá la riqueza que ansía si sigue mis instrucciones —respondió con total seguridad—. El Juego de la Medianoche —pronunció esas palabras como si fuese un secreto con absoluto poder.

No supe qué responder. Simplemente fruncí el ceño y permanecí callado, tratando de decidir si aquel hombre estaba loco o se estaba burlando de mí.

—Como iba diciendo —prosiguió el hombre—, una vez esté allí con el material necesario, dibujará en el suelo una estrella de cinco puntas inversa y a su derecha una estrella de cinco puntas normal, dejando cierto espacio entre ambas. No importa si utiliza pintura para dibujarlas o simplemente las traza sobre la tierra. Después, deberá colocar la vela negra en el centro de la estrella inversa y la vela blanca en el centro de la otra estrella. Cuando sean las doce en punto de la medianoche, encenderá las dos velas. Si lo hace un minuto antes o un minuto después no servirá de nada. Cuando sean las doce tendrá sesenta segundos exactos para encender las dos velas, no podrá retrasarse.

—Se da cuenta de que lo que está proponiendo es una locura, ¿verdad? —dije solamente.

El semblante del hombre se ensombreció y se puso más serio.

—Sé perfectamente de lo que hablo, créame. No estoy tratando de embaucarle —la manera en que lo dijo le aportaba total veracidad a sus palabras.

Decidí permanecer callado y seguir escuchándole. No parecía un mentiroso. Sin embargo, no veía como podría ayudarme con mi problema lo que estaba diciendo. Pero aun así no estaba dispuesto a irme después de perder tanto tiempo y dejar la conversación a medias.

—Bien, cuando haya encendido las velas a medianoche deberá colocarse en medio de las dos, con la estrella inversa a su izquierda y la otra a su derecha. Entonces, deberá esperar. Si la vela blanca se apaga, el juego habrá comenzado. Si eso ocurre, deberá ponerse la venda en los ojos de manera que no pueda ver absolutamente nada. En caso contrario, el juego no se iniciará. No siempre funciona.

—Debo admitir que es una buena excusa para cuando me quede esperando como un estúpido y no ocurra nada —dije yo, incrédulo.

—Me atrevo a asegurarle que funcionará, de lo contrario mi fiabilidad quedaría en

entredicho —dijo, firme y sincero, como si él tuviese total autoridad sobre la iniciación del juego—. Una vez el Juego de la Medianoche haya dado comienzo, solo podré decirle que no deberá quitarse usted mismo la venda bajo ningún concepto, no deberá huir, deberá escuchar en todo momento y no hará movimientos bruscos. Insisto, haga caso de todas mis instrucciones —añadió con mayor gravedad y el semblante serio.

—Y... ¿en qué se supone que consiste el juego, exactamente? —pregunté, debo admitir, con curiosidad.

El hombre dibujó una sonrisa enigmática en su rostro.

—No puedo decírselo porque el juego nunca consiste en lo mismo dos veces. Es algo que deberá descubrir por sus propios medios.

—¿Cuándo deberé formular mi deseo?

El hombre volvió a sonreír, esta vez de manera menos pronunciada. Creí ver, y nunca sabré si fue real o una ilusión, un destello del mismo color que su pelo cruzando sus ojos penetrantes.

—Lo sabrá en el momento oportuno —contestó misteriosamente.

—¿Y por qué está supuestamente tratando de ayudarme?

El hombre se acarició el bigote con la punta de los dedos, pensativo durante unos segundos.

—Es lo que debo hacer —respondió.

—No le creo. No creo nada de lo que me ha dicho —admití—. Simplemente está tratando de crearle falsas ilusiones a un pobre desgraciado como yo —solté, sin tapujos.

El hombre suspiró.

—No pretendía convencerle de nada. Simplemente he compartido con usted una información verídica. Usted es quien decide si la utiliza o no —enarcó una ceja pelirroja—. No le he creado falsas ilusiones, le he dado verdaderas oportunidades.

—No necesito esas oportunidades.

El hombre frunció el ceño.

—¿Está usted seguro?

Permanecí callado, sosteniéndole la mirada, más desanimado que desafiante.

—Bien, por mi parte no tengo nada más que añadir. Sin embargo —añadió de repente—, me gustaría obsequiarle por su pérdida de tiempo. Tenga —dijo entregándome un billete de gran valor—, considérela un adelanto de lo que podría conseguir.

Yo cogí el billete, no del todo confiado. Era increíble que me acabasen de regalar tanto dinero. Con ello, pensé, podría invitar a Alice a una cena bastante lujosa. No obstante, no era mi dinero. No sabía si estaba bien aceptarlo. Miré al hombre con cierta incertidumbre.

—Quédese, por favor — me pidió el hombre.

Me lo guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta, asegurándome de no perderlo.

—Si me permite, me gustaría darle algo más. Algo que necesitará si decide poner en práctica el Juego de la Medianoche.

Sin esperar una respuesta, extrajo su antiguo reloj de bolsillo. Era completamente dorado, me atrevería a decir que de oro puro. Pendía de una cadena del mismo color y tenía una tapa con increíbles motivos grabados. Su esfera era grande, con números romanos dorados en relieve. Las agujas tenían formas curvilíneas e imposibles en un espacio diminuto para luego acabar en una punta perfectamente afilada. La esfera contenía dentro de sí otras tres, cada una con una aguja plateada señalando en su interior. Las dos esferas más pequeñas señalaban el día de la semana y el mes en curso. La otra, enmarcada de líneas circulares y complicadas enredaderas áureas, tenía las fases lunares. La manecilla apuntaba a un punto entre la luna menguante y la luna nueva.

—Este reloj, señalará la hora que deberá seguir antes de empezar el juego. Si se guía por otro reloj cualquiera, no marcará la hora correcta. Este reloj, le aseguro, está sincronizado perfectamente con las fases lunares. Es el único que marca la hora real del mundo —miraba el reloj como si éste fuese un objeto valiosísimo—. Se lo entrego a usted.

Lo colocó en mi mano con cuidado. Yo me sentí afortunado, siempre me habían gustado los objetos antiguos y de gran belleza.

—Gracias —murmuré.

Después de todo, pensé, había sido muy generoso conmigo. Quizás solo era un hombre aburrido del dinero y las riquezas que había perdido parte del juicio y realmente estaba convencido de que su Juego de la Medianoche iba a funcionar.

—A usted, por haberme dedicado parte de su tiempo —contestó el hombre—. Nuestro encuentro llega a su fin. Cuide de mi reloj en mi lugar.

—Descuide —dije—. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Mi nombre, créame, no es algo relevante.

Ante aquella evasiva, decidí no indagar más. Su nombre no me parecía una información valiosa.

— Antes de irme, quiero que me prometa algo: nunca dejará de quererla.

Algo desconcertado ante aquellas palabras, contesté sin pensármelo dos veces:

—Sí, se lo prometo —el hombre se mostró satisfecho—. Bien, entonces me despido de usted. Adiós —me di la vuelta y empecé a andar.

—Adiós, Alexander —murmuró el hombre a mis espaldas cuando apenas había hecho dos pasos.

Yo me extrañé y me detuve. ¿Cómo podía él saber mi nombre? Me giré inmediatamente

esperando encontrar una silueta negra caminando en dirección contraria. Sin embargo, en lugar de eso, no vi nada más que una calle vacía. Eso me desconcertó todavía más. Aun pensando en ello, me encaminé hacia mi casa.

Durante la noche, estuve cavilando un rato sobre aquella cuestión antes de que mi mente se concentrara de nuevo en Alice y en mi gran problema. Llegué a la conclusión de que solo sabría si era verdad todo lo que me dijo si intentaba jugar a ese extraño juego pero, por otro lado, me parecía una soberana locura. Luego, después de un rato navegando a la deriva en un mar de pensamientos donde solo había mentiras y culpabilidad, caí rendido entre los brazos del sueño.

En los días siguientes estaba como ausente, pensando a cada instante en qué debía hacer. ¿Ocultarle a Alice la verdad o contárselo todo y tener que soportar su rechazo? Pues, obviamente, si descubría que en realidad todo era una farsa, un teatro mal ensayado, no querría saber nada más de mí, de un mentiroso. Había creado un «yo» alternativo, uno que era más exitoso, rico y con un futuro prometedor para los dos. Pero no era así. No obstante, no podía permitirme perderla, estaba y sigo estando demasiado enamorado. Por otra parte... ¿Qué hacer con el Juego de la Medianoche? ¿Realmente serviría para algo? Según me había dicho aquel hombre tan misterioso, solo contaba con tres días para decidirme. Tres días.

Pasé largas horas pensando en ello. A medida que pasaba el tiempo, más desesperado me sentía. Durante el atardecer del tercer día lo decidí. No podía dejar pasar una oportunidad de solucionar las cosas, por estúpida que fuese. Iba a jugar.

Antes de irme cogí todo lo necesario. No le dije nada a Alice ni, por supuesto, a ninguna otra persona. Mientras me alejaba de la ciudad, me sentía estúpido y asustado al mismo tiempo. Intenté concentrarme en los colores crepusculares del cielo y en los jirones de algodón que navegaban por él sin rumbo fijo. Pero mi cabeza insistía: si no funcionaba, esto habría sido una pérdida de tiempo y si funcionaba... ¿Qué pasaría si funcionaba?

Llegué al lugar que buscaba. Alejado de la civilización. Una llanura poblada por pequeñas briznas de hierba seca y algún que otro árbol olvidado. Allí, mi único compañero era el ulular de algún búho perdido que, mezclándose con el rumor del viento, producía un sonido escalofriante.

Empecé a dibujar las dos estrellas en la tierra, una al lado de la otra. Las hice lo más perfectas que mis dotes como dibujante me permitieron. Coloqué la vela negra en el centro de la estrella inversa y la blanca en la otra. Miré el reloj: faltaban cinco minutos para las doce. La manecilla de las fases lunares apuntaba a la luna nueva. Debía esperar. Miré con toda mi atención el reloj durante cinco tortuosos minutos. Mientras aguardaba a la medianoche, incluso pensé en echarme atrás. Estuve a punto de hacerlo, pero el nombre de Alice me dio fuerzas para seguir adelante con el juego. La aguja de los minutos se deslizó hasta las doce en punto. Yo, con las manos

temblorosas, hice todo lo posible para encender las dos velas en menos de sesenta segundos. La llama que brotaba del encendedor insistía en apagarse una y otra vez por un soplo de aire. Lo intenté varias veces hasta que logré encender ambas, con bastantes dificultades para que no se apagasen. Miré el reloj de nuevo. Lo había logrado, todavía eran las doce. Me coloqué entre las dos velas, con la blanca a mi derecha y la negra a mi izquierda. Observé expectante las dos luces, esperando que algo pasara. El cielo estaba totalmente oscuro, únicamente con el centelleante resplandor de las estrellas encima de mi cabeza. El viento dejó de silbar y todo se sumió en un silencio hechizante. Pasaron varios segundos, algunos minutos quizás y cuando menos lo esperaba, la llama de la vela blanca se apagó. Una sensación angustiosa me recorrió el cuerpo. En este punto, ya no podía ser casualidad: el Juego de la Medianoche era muy real. Con torpeza y nerviosismo, extraje de mi bolsillo un pañuelo negro y me vendé los ojos con él, de tal manera que no podía ver nada. Respiré hondo, haciendo que el aire fresco entrase en mis pulmones.

Empezó el juego.

No me movía. Solamente esperaba sin saber a qué exactamente. Se hizo un silencio espeso y profundo, extraño y vacío. La ausencia total de sonido. Todo permaneció así durante unos largos minutos. Sobresaltándome, escuché unos pasos lentos que se arrastraban. El sonido provenía de atrás. Me giré despacio, ya que no podía hacer movimientos bruscos según lo que aquel hombre me dijo. No sirvió de mucho pero al menos así pude escucharlos con mayor claridad. No era una forma de andar convencional, por el ruido que producía. Sentí miedo. Los pasos se acercaban. No podía huir. Comencé a notar un olor desagradable, que no había percibido nunca antes. Empecé a distinguir, mezclados con el sonido de los pasos, unos susurros incomprensibles. Cada vez más cerca. Cada vez más fuertes. Yo intentaba vanamente mantener la calma y fingir que aquella presencia no me producía ninguna inquietud. Los pasos se detuvieron en frente de mí. Una respiración fuerte, entrecortada y extraña llegó a mis oídos. Reprimí un estremecimiento. Los susurros continuaban, cada vez más siniestros. Parecían agudos y graves al mismo tiempo, como varias personas hablando al unísono. De súbito, algo parecido a una mano fría y alargada, se posó en mi hombro. Yo hice un gran esfuerzo por no moverme y por mantener la calma. Empecé a respirar con dificultad. La mano debía tener largas uñas pues notaba algo puntiagudo clavándose en mi camisa. No podría describir su tacto. Era como húmedo y áspero, aunque esas palabras me resultan insuficientes. Era una mano delgada y huesuda. Las garras de lo fuese aquel ser, hicieron presión sobre mí, provocándome dolor. Grité. Al hacerlo, un sonido gutural, parecido a una risa, pudo escucharse. Intenté explicarme a mí mismo de forma racional lo que estaba pasando, pero me fue imposible. Sentí que no iba a poder quedarme quieto durante mucho más tiempo. La mano continuaba ahí, arañándome, atravesando el tejido de mis ropas y clavando sus uñas en mi piel.

Cuando el dolor empezaba a ser insoportable, la mano dejó de tocarme. Debido al pánico, no me había dado cuenta de que la temperatura había descendido notablemente. El olor, a su vez, se había hecho más intenso y repulsivo. Sentía gotas de sangre derramándose en mi hombro. Sangre que ardía. Un tranquilizador silencio inundó el lugar. Fuese lo que fuese se había ido. Respiré, aliviado. Pensé que quizás se había acabado todo, pero estaba muy equivocado.

Un repiqueteo. Un repiqueteo leve y rápido. Se repetía, una y otra vez. Al principio lejos, luego más cerca. No parecía un sonido amenazador, pero a mí no me gustaba nada. Me producía escalofríos. De repente, un débil cosquilleo en los tobillos. Yo moví los pies, pero el cosquilleo seguía. Cada vez más y más sonidos insistentes como el primero, cada vez más sólidos y fuertes. El cosquilleo ascendía. Empecé a gritar y a moverme bruscamente. Sabía que no debía y seguramente por eso después fue peor. Lo había comprendido, los cosquilleos, los repiqueteos sobre el suelo... y ocho patas finas recorriéndome las piernas. Ocho patas que debían ser muy largas y horribles. Yo me removía constantemente, gritando de puro pavor. Estaba rodeado de arañas que se paseaban en torno a mí y que seguramente subirían por mi cuerpo como la primera de ellas. Solo de pensarlo, sentía una repulsión indescriptible. Entonces ocurrió, tal como lo había imaginado. Más y más arañas empezaron a corretear por mis piernas. Al principio eran de un tamaño normal. Pero después empecé a notar que las asquerosas patas aumentaban de grosor y medida. Me estremecía, intentando soportarlo. Llegó un punto en que perdí la cuenta de cuantas arañas había paseándose por mis extremidades y mi tronco. Lo peor fue que algunas llegaron a mi rostro. Cuando sentí la primera tarántula, no pude más. Empecé a golpearme para matarlas, pero no parecía surtir ningún efecto. Estaba desesperado. El repiqueteo inicial se había convertido en una percusión continua sobre el suelo. No quiero ni pensar en cuantas debían ser y en el tamaño que debían tener para producir semejante sonido. Las arañas pequeñas que corrían por mi superficie habían sido sustituidas por unas tan grandes como la palma de mi mano. Era imposible acabar con ellas. Yo seguía a ciegas, lo único que me quedaba era sentir y escuchar.

Como si fuesen ahuyentadas, las arañas abandonaron mi cuerpo, descendiendo rápidamente. Sin ellas encima, todavía sentía sus horrendas patas recorriéndome. El sonido a mi alrededor cesó. Comprobé con mis manos que, en efecto, ya no había ningún arácnido encima de mí.

De nuevo, escuché el tranquilizador rumor del viento. Algo en la atmósfera se volvió familiar. Yo estaba allí, donde había encendido las velas, de pie, quieto y con los ojos vendados. Todo absolutamente normal. Sin embargo, un presentimiento me decía que el juego no había acabado. Me quedé allí, recuperándome de lo vivido anteriormente. Esperando. Esperando. El corazón intentando bajar la frecuencia de sus latidos y la cabeza intentando buscarle una explicación lógica a todo aquello. Esperando. Entonces, sucedió.

Una risa.

Una risa que logró arrancarme el miedo. Una risa que conocía muy bien. Una risa perteneciente a Alice. Intenté localizar de dónde provenía. No debía estar muy lejos. Volví a escucharla. Estaba en frente mío. Alargué la mano, esperando topar con ella a tientas.

— Alice... ¿Estás ahí? —pregunté.

Un breve silencio me respondió. Después, una mano tibia, de dedos de pianista, se entrelazó con la mía. Yo sonreí, sin poder evitarlo.

— Alice, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Escuché como se acercaba.

— Lex, yo siempre te encuentro —puso la otra mano en mi rostro—. Ahora tranquilo, estoy aquí.

Rápidamente olvidé todo lo horrible que había ocurrido. Durante unos instantes, solo me concentré en ella. No respondí nada, no era necesario. Busqué su semblante con la mano y al encontrarlo noté sus delicados contornos y sus perfectos rasgos.

Alice se movió y se colocó tras de mí. Yo me desconcerté y cuando comprendí que pretendía quitarme la venda, intenté detenerla.

— Debo abrirte los ojos —dijo misteriosamente—. No pasará nada malo.

La venda cayó y yo vi la realidad como si se tratase de otro mundo. En efecto, estaba en el mismo lugar. La vela negra continuaba encendida. Todo seguía igual como lo había dejado. Entonces vi los ojos de Alice y su tranquilizadora sonrisa. Se acercó a mí y, rodeando mi nuca, me obsequió con uno de sus besos. Yo la abracé y simplemente me mantuve en silencio, solo escuchando nuestra respiración. No sé exactamente cuánto tiempo estuvimos así. Lo único cierto es que se me hizo dolorosamente efímero. Nos separamos y ella empezó a andar en dirección contraria. Yo no comprendí por qué se alejaba.

— ¡Alice! ¡No te vayas! ¡Espera! —grité, sin producir ninguna reacción en ella.

Caminé para llegar a su altura pero incomprensiblemente, no podía alcanzarla. Empecé a correr tras ella, pero contra más me acercaba, más lejos veía su figura. Ella no se giraba por más que la llamaba. Tenía las manos en el rostro y los hombros encogidos. Luego, en la lejanía, empecé a escuchar su llanto. Un llanto descorazonador que te helaba de pura tristeza. Corrí lo más veloz que pude y por fin pude acercarme a ella. Al principio, me mantuve a una distancia prudente.

— Alice... ¿por qué lloras? ¿Qué te ocurre? —pregunté con tacto.

Se detuvo. No contestó y tampoco se movió. Yo no comprendía que le pasaba. Todo era muy extraño.

— Alice... es por mi culpa, ¿verdad? Yo... lo siento —suspiré—. No quería...

Me acerqué a ella tímidamente. Me quedé a sus espaldas, le coloqué las manos sobre los hombros e intenté consolarla. Lentamente, Alice se giró. Todavía soy incapaz de olvidar lo que vi. Su bello y jovial rostro, ahora era de un tono grisáceo enfermizo. Tenía dos fosas vacías y negras en los ojos de las cuales emanaban lágrimas oscuras como la tinta. Su pelo negro empezó a perder color, haciéndose cada vez más claro. Se cubría el rostro hasta la nariz con unas manos deterioradas y maltrechas. Yo retrocedí instintivamente, con el pánico apoderándose de mi ser. Bajó las manos, dejando a la vista unos labios sin color.

—No... tú no... me has engañado... —dijo ella con la voz rota por el llanto.

—Alice... perdóname... he intentado conseguir lo que te prometí pero... Alice... —no fui capaz de pronunciar una palabra más.

De repente, su rostro se quedó inexpresivo. Dejó de derramar lágrimas negras. Me miró fijamente, sin ojos. Abrió la boca, mostrando unos dientes finos y afilados como espinas y chilló:

—¡Me mentiste! —su voz sonó extrañamente parecida a la de aquel ser que puso su garra en mi hombro, una voz proveniente de las tinieblas.

Yo retrocedí más todavía y empecé a correr para escapar de ese ser que, sin duda, no era Alice. Escuché unos golpes sordos e insistentes. Los latidos de mi corazón que se desbocaban. Detrás de mí, escuché un alarido infernal proveniente de aquella cosa horrible. Nada más. Solo mis pasos apresurados y mi respiración agitada. Sin detenerme, bajando la marcha, me giré para comprobar si el ser seguía mis pasos. Mi corazón dio un vuelco cuando vi que se dirigía hacia mí. No corría, ni andaba, se elevaba por encima del suelo. Levitaba, contra toda ley física existente. Aquella imagen todavía me persigue. La imagen de Alice, terriblemente desfigurada, con la boca abierta pero en silencio y mostrando su animalesca dentadura. Volando tras de mí. Estaba muy cerca. Demasiado cerca. Yo sentía que mis fuerzas escaseaban. Aumenté la velocidad pero sabía que no podría aguantar mucho más. Pronto me alcanzaría. Entonces sentí su aliento frío en mi nuca, como anunciante de la muerte que me esperaba. Sus manos me sujetaron por los hombros y, tras escuchar un alarido inhumano... el ser desapareció.

Me giré en todas direcciones, estaba solo de nuevo. El Juego de la Medianoche estaba jugando conmigo. Quizás en eso consistía realmente.

Intenté que mi respiración volviese a la normalidad. No podía pensar con claridad. En aquel momento solo pude quedarme sentado en el suelo, todavía temblando. No soportaría mucho más. En ese instante el recuerdo de Alice dejó de ser tranquilizador. Se convirtió en un miedo más, en algo que poblaría mis pesadillas durante mucho tiempo.

Ante mis ojos atónitos, el suelo empezó a cambiar. Se movía como una masa blanda y viscosa. Adoptó un tono anaranjado, después bermejo, y finalmente de un rojo sangriento. Yo me

levanté con torpeza, sin poder dar crédito a lo que veía. Tuve que moverme porque el suelo se me adhería a los pies, hundiéndolos hacia sus entrañas. El relieve se iba modificando, creando un lugar completamente diferente. El suelo se endureció tanto como un diamante. De él, empezaron a brotar plantas negras con enormes pinchos. El cielo se tiñó de granate. La temperatura empezó a incrementarse. Yo intentaba evitar las plantas que crecían rápidamente. El calor se hacía insoportable, tanto, que me vi obligado a desprenderme de mi camisa. Vi un pequeño charco de agua pura. Solo de pensar en la frescura del líquido, me sentía un poco mejor. Me eché sobre el suelo y me dispuse a beber. Antes de hacerlo, noté un ardor fuerte al tumbarme, el suelo quemaba. Al tocar el líquido para contenerlo en mis manos, me di cuenta de que el agua estaba a punto de hervir. Retiré mis dedos doloridos por la quemazón. Me incorporé, empapado de sudor. Noté los agujones de las plantas en mis tobillos. Las plantas se movían. Me alejé de ellas todo lo que pude. Había algo negativo en la energía del lugar. Algo que helaba la sangre a pesar del calor. Una especie que sufrimiento permanente flotando en el aire. Me sorprendí a mí mismo sintiéndome extraño, con un dolor interior comparable a espinas de hielo clavándose en mi corazón como diminutas dagas.

Una luz oscura y vaporosa bañó el lugar. De ella, emergió como un espectro aquel ser deforme y horrible. Ahora que podía verlo, me sentí agradecido de haber llevado la venda. Su piel era gris y enfermiza, como apergaminada. Su columna vertebral describía una curva desagradable. Todo su cuerpo era muy delgado y de forma humanoide. Sus ojos eran dos almendras negras sin pupila. Tenía los dedos anormalmente largos y huesudos. Se movía rápido a pesar de su aspecto frágil. Era una criatura que habría acabado con la valentía del más fuerte. Yo no fui capaz de reaccionar, solo acaricié la herida de mi hombro que ese ser había causado. Se acercó a mí y habló:

—¿Cuál es tu deseo, Alexander? —pronunció esa voz infrahumana.

Aún no había olvidado el motivo por el que me había aventurado en ese horrible juego, así que no guardé silencio.

—Tener todo lo que lo que le prometí a Alice —solté, pensando en ella sin poder evitarlo.

El ente curvó su boca en una sonrisa macabra.

—¿Prometes que amarás siempre? —me preguntó.

—Sí —respondí, recordando que aquel hombre misterioso me había hecho aquella misma pregunta.

—Ya puedes irte del infierno —dijo.

Tras escuchar esas palabras, todo se desvaneció.

El Sol acariciaba mis párpados y el fresco aire de la mañana entraba por la ventana. Yo me desperté y amanecí en una enorme habitación decorada con impecable elegancia. Me levanté rápidamente y me pregunté dónde estaba. Salí de allí y fui a parar a un gran corredor, todavía más

lujoso que la casa que siempre había soñado. Yo tenía quemaduras en los dedos y un arañazo en el hombro. Había sido real. Había funcionado. Sonreí. Miré a mi alrededor. Era una casa enorme que desbordaba todo lo que yo había conocido. Me puse una chaqueta de algún tejido carísimo que encontré sobre una silla. Salí a la calle todavía con una felicidad efervescente al fondo de mi garganta. Cuando mis ojos toparon con el exterior, sentí que algo faltaba. No había nadie en las calles, ni coches, ni ruidos de ninguna clase. Solo yo y el viento. Caminé, en busca de una señal de compañía. La ciudad no había cambiado, todo seguía igual. Entonces, en la lejanía, distinguí una figura alta y negra. Estaba de pie, inmóvil, mirándome. Me acerqué y supe que era aquel hombre extraño que me regaló su reloj. Al llegar a su altura, le pregunté:

—¿Qué ha pasado?

El hombre me dirigió una mirada penetrante, con el rostro inexpresivo.

—Tu deseo se ha cumplido. Enhorabuena —sus ojos llameaban, rojizos, de puro júbilo—. Tienes todas las riquezas que podías desear.

Yo retrocedí un paso, inconscientemente.

—¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Alice? —pregunté, más desesperado de lo que pretendía aparentar.

—Alexander... los deseos tienen un precio —aseguró—. Tú antepusiste los bienes materiales antes que el amor y el afecto de tus seres queridos. Pensaste que eso era lo que realmente importaba, que sin ellos jamás serías aceptado. Te puse una tentativa y jugaste.

Yo negué con la cabeza, sin comprender.

—Ahora estás solo. Jamás volverás a ser amado. Sin embargo, tú amarás siempre, como prometiste. En el lugar de donde vienes, todos pensarán que has desaparecido. Que te has esfumado. Ahora estás aquí —sentenció.

—¿Y qué lugar es aquí? —pregunté, notando como una creciente presión nacía en mi pecho y que poco a poco iba desplazándose a la garganta.

—Uno de tantos lugares de mis dominios.

—¿Cuáles son tus dominios?

El hombre sonrió macabramente, se dio la vuelta y empezó a caminar.

—¿Podré volver a verles? —salió de mi boca, en un susurro.

Él se volvió.

—Cada vez que quieras visitarles, en el otro mundo, deberás darme un pedazo de tu alma. Cuando estés allí el poco tiempo que se te dará, nadie podrá verte. Serás invisible, imperceptible, para que nadie pueda volver a amarte jamás —sin saber cómo, noté que estaba sonriendo por dentro, se divertía—. Así, hasta que no te quede más alma que darme y entonces...

—¿Entonces qué?

Jamás contestó.

Todo fue tal y como él dijo. Cada pedazo de alma, de esencia que vendía, era como una brecha negra en mi interior, de la cual solo emanaba frío y horror. Ahora estoy a punto de consumirme, en la soledad. Hace mucho que estoy al borde del delirio, con una gran garra negra oprimiendo la poca alma que me queda. Amar es el peor castigo que he podido imaginar. Pero pronto acabará. Acabo de vender el último pedazo de alma que me queda y ahora espero a que desaparezca, para consumirme en las cenizas del infierno. Todo por volver una vez más al mundo donde todos están, donde podré ver a Alice por última vez.

Nuria Fernández Bermejo

Institut Ramon Berenguer



ANIMALES

Yo nací para ser un niño de pueblo. Y no al revés. Hay muchos que dicen que nacieron para ser príncipes o princesas. Yo no, yo quería ser de pueblo. Un niño de pueblo de los de verdad. De los que corren cuando ven a un mosquito, de los que se duchan cuatro veces al día, de los que se comen las gambas y la pizza con tenedor y cuchillo. De esos. No, ahora sin ironía. ¿Qué ha pasado con el espíritu pueblerino de los niños? Todos quieren ser ricos, príncipes, futbolistas..., gente de ciudad, gente pija.

Y eso que yo he sido un niño de ciudad. Nací en Santa Coloma de Gramenet, una ciudad lindante a Barcelona, a tan sólo una parada de metro. Era un niño de ciudad, sí, pero a la vez tenía mi vía de escape todos los fines de semana. El camping, para mí, era como volver a la vida real. Allí nos enfangábamos hasta que nuestra ropa oscura acabara todavía más oscura. Allí tenía la libertad que durante la semana no gozaba. Salíamos, yo y un grupo de amigos (el burro delante para que no se espante), con la bicicleta hasta el río que no tenía desembocadura y que, prácticamente, se había quedado en un tipo de balsa con agua estancada. Agua de color transparente, que luego fue azul oscuro, que luego fue marrón y de la que, semanas más tarde, surgió una especie de ecosistema con moho y lama. Recuerdo que aparecieron unos renacuajos y pececillos que nosotros, inocentes, intentábamos pescar para cuidarlos domésticamente. Por supuesto, aquellos animales se quedaban allí. Porque había un problema: mi madre. Mi madre es la mujer más de ciudad que jamás hayáis podido conocer. Y ya os podéis imaginar cuando al pobre niño, que soy yo, se le ocurrió decirle a su madre que si se podría llevar los renacuajos a casa. “En casa no entra ningún bicho. Como entre un bicho os vais tú y el bicho por la puerta, eso era lo que siempre me decía. “Bicho” para ella es cualquier animal, desde una araña peluda a un perro con mirada encantadora. Pero, en fin, en aquel entonces, había que acatar las normas. Por eso, la solución siempre era que todo animal que apareciera y todo animal con el que quisiéramos experimentar, todos, debían quedarse en el camping. Y así sucedió varias veces, como con las ranas. Y es que una vez, en un fin de semana ya del tercer trimestre escolar, mis amigos y yo, perdón, yo y mis amigos fuimos a hacer la misma ruta que siempre hacíamos en bici. A Ariadna se le ocurrió, así, sin pensárselo dos veces, desviarse un poco del camino y meterse por un sendero más estrecho que el espacio que hay entre la espada y la pared. Al final acabamos en un atolladero donde el lodo nos frenó las bicicletas por completo. Había llovido mucho durante esa semana y debo decir que nunca jamás he vuelto a ver aquel lugar tan

embarrado. Empezamos a pie el techo final de pocos metros que nos separaban de la explanada donde se suponía que íbamos a jugar a fútbol. Los pies los metíamos enteros en aquella mezcla de tierra, agua y hierbajos, prácticamente hasta los tobillos. Conseguimos llegar, pero la explanada se había transformado en un conjunto de charcos que se unían entre sí, donde nos limpiaríamos las manos y los pies cuando de repente, uno de los nuestros, no recuerdo bien quién, gritó, ¡una rana! Bueno, una no. Allí habían aparecido centenares de ranas y renacuajos por arte de magia. Y como no podía ser de otra manera, a Ariadna, a la que también la llamábamos “La Señorita Ideas”, se le antojó, porque más bien fue un antojo que una idea, llevarse unos cuantos renacuajos y ranas al cámping y poderlos cuidar.

Llegamos allí, sin exagerar, cinco horas más tarde. Veníamos andando porque las cadenas de las bicicletas se habían llenado de barro, entre seco y húmedo, y aquello no había quien lo hiciera rodar. Todas las madres nos esperaban con preocupación. Una preocupación que muy, muy, muy en el fondo se convirtió en alegría al comprobar que estábamos sanos y salvos. Una preocupación que pasó a dominar la expresión de las caras de todas ellas, en especial la de mi madre. Como si tuvieran hilos enganchados en la piel y alguien, supongo que fue la preocupación convertida en ira, les tirara de ellos. Ella frunció el ceño. Cuando mi madre frunce el ceño, mi malestar interior empieza a florecer como de un dolor en el estómago que con el tiempo he ido dominando. Luego achinó los ojos, lo que no me preocupaba para nada. Cuando mi madre achina los ojos es simplemente porque la pobre está cegata. No es que no vea tres en un burro, sino que no ve ni el burro, ni la sombra de él. Pero cuando pasa de cruzar los brazos a ponerse las manos en la cintura, luego levanta la mano derecha en forma horizontal y la mueve de un lado al otro, eso, eso es sinónimo de tormenta. De un castigo imperial. Y ahí es cuando yo empecé a caminar más lento, procurando que ella todavía no se diera cuenta del desastre de las deportivas, intentando esconder los pies entre mi bicicleta marrón que antes era roja. Pero sabía que el momento llegaría y llegó. “¡Danieeeeeeeel!, ¿pero dónde os habéis metido?”, me preguntó retóricamente, con un tono entre chillido y voz normal. Y como os podéis imaginar, pasó lo que pasó. Nada. Mi madre, en su interior, ya sabía que íbamos al cámping para que yo hiciera guarrerías con mis amigos día y noche. Lo que no sabía era lo de las ranas. Yo no le iba a proponer llevármelas a Barcelona porque sabía que la respuesta era un no rotundo. A veces recurría a mi padre, mucho más permisivo. Pero el tema “bichos” era un tema de mi madre, así que sabía que él me iba a responder, como muchas de las veces, con un “lo que diga tu madre”. Entonces, en mi intento de ahorrar energías ineficaces, me desplazé a la parcela de Ariadna con una idea que era todo mérito propio. Por una vez en la vida, me vino a la cabeza la idea de guardar las ranas y renacuajos en un cubo de hacer castillo en la playa hasta el fin de semana siguiente, sometiéndolas casi a un campo de concentración. Por si se

escapaban, pusimos una rejilla encima con piedras para que incluso saltando no pudieran salir. Ya os podéis imaginar cómo estaban las ranas, más en huesos que en carne, que había una que de tanto saltar se había quedado colgando en la rejilla. Aquello era asqueroso, apestoso y casi epidémico, porque ahí debía de haber la barbaridad de enfermedades. Habíamos cometido cuádruple asesinato y no nos sentíamos culpables. Recuerdo que les habíamos puesto unas hojas para que comieran, pero no no habían hecho. Y fue entonces cuando Ariadna sacó su maravillosa conclusión: “Claro, ¡como no se iban a morir, si no han comido nada!”. Con el tiempo aprendimos que a las ranas no les gustan las hojas de árbol.

* * *

Las ranas no fueron las únicas. También hubo moscas. Lo de las moscas hay que hacérselo mirar en un psicólogo o alguien que entienda de patologías extremistas y macabras de la historia mundial. Ariadna pasó de tener puro pánico a las arañas, a llevarse más o menos bien con los grillos y acabar con una magnífica relación con las moscas. Todo empezó el día en que el aburrimiento superó nuestras barreras de la imaginación. Yo aquí dejo una reflexión y que cada uno se la tome cuando quiera. El aburrimiento será la causa de la Tercera Guerra Mundial y aquí lo dejo. Voy a ver profundizando en ello pero que quede remarcado que el aburrimiento es la peor arma de destrucción masiva que hay en el mundo (muy superior a las bombas atómicas y nucleares).

Estábamos Ariadna y yo en un ataque de tedio extremo esperando a que llegara la hora de comer para hacer algo de provecho. Lo bueno (o malo) que tiene el aburrimiento es que te da mucho que pensar. Mirábamos cómo las horas pasaban y cómo las moscas también. Porque había moscas. Lidar con moscas no es tarea fácil y más cuando hay decenas o cientos o miles de ellas a tu alrededor. Bueno, una sola mosca —de las *cojoneas*—, una de esas podría provocar la Cuarta Guerra Mundial. La típica mosca, que no sabes dónde ha estado antes ni dónde ha puesto sus patas, que se te pone en la nariz, luego en la oreja, luego en el brazo, luego en la mejilla y vuelta a empezar. Yo no sé si las moscas tienen titulación en fastidiar a la gente, pero desde luego la fama se la tienen bien merecida. En fin, estábamos los dos niños con alguna que otra mosca por ahí revoloteando cuando, supongo que fue a ella, a “La Señorita Ideas”, se le ocurrió cazar alguna (sí, definitivamente tuvo que ser idea de ella). Primero intentábamos con las manos pero aquello era misión imposible. Y hasta que nos dimos cuenta de ello, pasaron horas y días. Al cabo de un tiempo probábamos con el típico matamoscas de rejilla de plástico, que en realidad era bastante efectivo. Le fuimos cogiendo el tranquillo. Alguna vez hemos llegado a matar más de veinte moscas, entre nosotros y familia, por dar un dato (ni mi madre ni la de Ariadna están incluidas).

Más tarde, a medida que nos fuimos haciendo mayores, nuestro espíritu maligno también fue creciendo a tremendas velocidades. Si nos queríamos vengar de las moscas, no tenía nada de

sentido que las fuéramos matando. El hecho de matarlas no representaba una amenaza para ellas y por lo tanto no se cohibirían de venir a molestarnos.

Es por eso que tuvimos la genial idea de cazar las moscas, pero vivas y, en otro repentino ataque de aburrimiento, se nos ocurrió que con un vaso de cristal las podríamos ir pillando. La estrategia era simple: esperábamos a que la mosca se anclara en la mesa y desde atrás con el vaso inclinado, y parte de éste apoyado en la mesa, las atraparíamos en un movimiento veloz. Pero la mayoría de las moscas se escapaban. Hubo alguna que sí la pillamos, que recuerdo que pensaba yo: “a ver quién va a beber de este vaso luego”. A continuación esperaríamos a que la mosca se ahogara por sí sola, por falta de oxígeno dentro del vaso. Pero aquello parecía que nunca iba a llegar. Todavía seguiríamos esperando a que la primera mosca cazada se muriera. Por lo tanto, todo acababa cuando uno de nuestros padres sacaba el vaso para limpiarlo y la mosca salía pitando. Un método que era incluso peor que el anterior porque si de verdad nuestro objetivo era torturar a las malditas moscas, el objetivo ni se acercaba.

Pasó otro tiempo más, recuerdo que también fue en un camping de Blanes, y un día que comíamos, creo recordar, paella de mariscos, aquello era terrible con las moscas. Mi padre estaba contando una de sus historietas de su etapa joven cuando de repente explicó cómo él y su tío cazaban las moscas en el campo. Ariadna y yo que solíamos prestar atención, aunque no mucha, a las palabras de nuestros adultos padres, en aquel instante, cuando oímos la palabra “mosca” abrimos las orejas, destaponamos los oídos y nos fijamos en cada detalle de la explicación de mi padre.

Se ve que era un método infalible y nosotros no lo podíamos dejar escapar. El truco del almendruco estaba en preparar una solución de agua con bondadosa cantidad de azúcar y esparcirla por la mesa antes o después de comer. Las moscas irían a por el agua y empezarían a bebérsela ya que estaba dulce, y así hasta empanzarse y no poder ni caminar (ni volar, lo que era un paso de gigante avanzado ya que no haría falta cazarla y así tendríamos más tiempo para centrarnos en la tortura). Y LO HICIMOS. Vamos, que nos faltó tiempo para coger un vaso, el azúcar, desparramar el potingue y esperar a que cayera la primera mosca —que para sorpresa nuestra no fue mucho tiempo—. Lo que sí tardó fue a empanzarse, pero con el paso de los minutos íbamos notando cómo cada cada vez ésta andaba más lenta y como con dificultad. Secamos un poco la mesa y... ¡manos a la obra!

Aquello parecía más una sala de quirófanos que una mesa en medio de un camping a pleno sol de verano. Entre los dos, primero, le quitábamos una ala a la mosca y veíamos cómo reaccionaba. Luego la otra. Más tarde, las patas, una a una y con cuidado hasta que la mosca sólo se pudiera arrastrar con dos patas, ahí sufriendo. Por supuesto, sus amigas moscas, viendo la Inquisición que le estábamos realizando a la compañera, no se atrevieron a pasar por allí más. Pero

es que moscas hay muchas y alguna siempre caía, lo que era diversión asegurada para nosotros. Después del despedazamiento era cuestión de segundos que la mosca muriera. Nos deshacíamos de ellas, generalmente, tirándolas al suelo o de un capirotazo y que aterrizara donde fuese.

Aquella fue nuestra operación macabra o de cómo el aburrimiento es el avance a una guerra mundial, si más no a pura violencia. Lo de las moscas, por acabar de enterrar esta sección, fue a mucho mejor. Al final dominábamos la técnica del vaso, la del azúcar, incluso casi la de pillarlas con la mano. Éramos todos unos profesionales.

* * *

Y de esas, miles de trastadas. El camping fue la transformación de un niño bueno a un niño peligroso. Mi madre pasó de no gustarle el camping a meramente odiarlo. Para ella era un continuo malestar. Un día desaparecíamos, otro día nos heríamos, otro día tragábamos agua de la piscina (y yo cogía otitis), otro día nos embadurnábamos de pintura, o de barro, nos entraba nuestra curiosidad experimental y nos poníamos a atrapar animales. Y siempre con la misma frase: “me cago en la madre que te parió”. Pero, claro, era ella misma. Creo que cuando mi madre me dio la luz, no me la debió de dar bien, y de ahí que surgiera aquel demonio. Aun así, mi madre me quiere. Lo sé. A pesar de todo. Quien no nos debe querer tanto, a Ariadna y a mí, debe ser la Madre naturaleza (muy agradecida ahora de que hayamos dejado el camping). Recuerdo que habíamos pescado aquellas medusas que acabaron desechadas por el desagüe de una fuente del mismo camping que el de las ranas. De aquel pájaro herido que intentamos cuidar y murió de empacho de tanto huevo que le habíamos dado. De los grillos que cogimos y metimos en una caja de cartón y escondimos bajo la caravana. Vaya noche de “concierto” que pasamos. De las lagartijas, de los peces, de las tortugas... Animales y más animales. He llegado a la conclusión de que el número de éstos en el planeta debió de reducirse drásticamente después de aquella masacre de mis tiempos en el camping. Yo de pequeño siempre decía que en otra vida quería ser animal. Cualquier animal. Y ahora que lo pienso...

Daniel Montes Bautista
Universitat Pompeu Fabra



A LA DERIVA

“Si tuvieras que ir a una isla desierta y solo llevar tres cosas contigo, ¿cuáles serían estas?” Fue la pregunta que tan sencilla parecía al salir de los labios de mi amiga Margaret.

“Mi reproductor de música, mi manta de terciopelo azul y mi libro preferido, *Aloma*.” Fue la respuesta que, sin exageración alguna, cambió mi manera de ver el mundo.

Todavía no sé explicar el cómo, tampoco el porqué. Pero al despertar, lo único que mis ojos distinguieron fue el océano. A la derecha, a la izquierda, por delante y por detrás, rodeando una pequeña y vieja balsa con olor húmedo que me mantenía a flote. Me percaté de la presencia de una cesta de mimbre sobre a mi regazo, la cual estaba herméticamente cerrada.

¿Cómo me sentía? No sentía. Sentía que flotaba, como si nada fuera cierto. Como si el agua a mi alrededor no fuera más que producto del cansancio acumulado por las últimas semanas cargadas de peleas familiares.

En mi oscuridad, con las pestañas superiores enganchadas a las inferiores, pensé en mis hermanos. Aquellos dos pequeños monstruos que tanta faena daban. Con tan solo seis y nueve años eran capaces de hacer que mi vida pareciera un infierno. Siempre gritando y criticando mis actos. Claro, que todo aquello se lo culpaba a mi madre.

Mi vieja y querida madre. Estaba tan convencida de que ella era la causante de un noventa por ciento de las discusiones diarias en casa... Podía jurar que ella se encargaba de obligar a mis hermanos a fastidiar todos mis planes. Y sobre todo, estaba segura de que ella era la razón por la cual mi padre pasaba horas y horas sentado en el sofá envuelto en mantas y viendo programas basura en la televisión.

Le hizo dejar el trabajo cuando mi hermano menor nació porque “no podía encargarse ella sola de sus hijos, cuando la mayor se comportaba peor que el recién nacido”. Cuando intentó volver a su puesto en la fábrica de coches, este ya estaba ocupado, y aparentemente, los cuarenta y cinco años ya es una edad poco aprovechable y es mejor quedarte en casa viendo la tele y escuchando a tu familia pelear.

Margaret era probablemente la única que aceptaba mis malos hábitos, mis defectos, mis problemas y mis incoherencias. La conocí tres años atrás, en una feria que se celebraba cada verano en mi pueblo. No empezamos con buen pie. Yo quería a toda costa ganar uno de los peluches grandes en una de las paradas, y ella solo quería sentirse poderosa lanzando unos dardos a la enorme diana.

“Un calendario para no perder la noción del tiempo, el perfume de mi madre para no olvidar como se siente al estar en casa y una libreta en blanco para escribir mis aventuras y poder explicarlas con detalle al volver a casa.” Fue su respuesta.

Margaret, mi gran amiga, mi polo opuesto, era la única que sabía mantenerme a flote incluso cuando buceaba en la más profunda oscuridad del océano.

Abrí los ojos para encontrarme con más oscuridad. La noche había caído sobre mí, y no podía estar más perdida. Literalmente, geográficamente perdida.

Poco a poco dejé mis dedos resbalar por el agua sumida en oscuridad que amenazaba con digerirme en cualquier momento. Estaba fría, y algunos trozos rugosos corrían por ella.

Al sentir una fuerte sacudida entendí que aquellas pequeñas piezas flotantes no podían significar nada más que tierra, y por lo tanto, un destino cercano.

No me sentía nerviosa, lo cual era extraño. Al contrario, sentía cierta paz. Mis oídos pitaban por el gran silencio de la situación. Por un segundo pude imaginar el resto de mi vida así. A la deriva, inmersa en el silencio, en un lugar donde yo mandaba.

La balsa dejó de balancearse y saqué una pierna con cierta emoción. Emoción por explorar lo desconocido.

Di dos pasos sobre la fría y húmeda arena. No veía nada, estaba todo demasiado oscuro. Cogí la cesta que venía en la balsa conmigo y me adentré unos diez metros en lo desconocido, lo suficiente para tumbarme y conciliar el sueño.

Me dejé llevar por la oscuridad y el sonido de las olas chocar con la arena. Horas después, al despertar, pude ver con claridad donde me encontraba. No había más que arena y océano. Ni árboles, ni refugios, ni barcos en el mar.

Éramos la cesta de mimbre, el océano y yo. No pude evitar sentirme bien, relajada.

Tras explorar un poco la zona desértica me entretuve en abrir la cesta. Para mi sorpresa, y no tan sorpresa, contenía mi reproductor de música, mi manta y *Aloma*. También había bollos y embutidos, además de botellas de agua potable. Reí en voz alta. Era todo demasiado imposible como para ser cierto, pero me negaba a salir del paraíso imposible en el que me encontraba. Estiré la manta en la arena, me deshice de la mayor parte de mi ropa y me tumbé de cara al sol, pero no sin antes poner música a un volumen considerable. ¿A quién iba a molestar? Estaba sola en algún lugar del mundo.

El primer día lo pasé bronceándome y escuchando música. El segundo día utilicé la manta como protección para los potentes rayos, cosa que el tercer día sentí haber hecho. Llovía como nunca había visto llover. Me alejé de la orilla y me cubrí bajo la manta, pero fue en vano. En escasos segundos se empapó de agua y comencé a tiritar. Escondí el reproductor de música unos

centímetros bajo la arena y marqué el lugar dejando la manta justo encima. Las páginas de *Aloma* estaban totalmente empapadas, y su lectura fue difícil el cuarto día. Para colmo, la batería del reproductor de música se acabó por la mañana y la manta no acababa de secarse.

El quinto día fue sin duda el peor. No tenía nada, literalmente. Mi ropa comenzaba a oler a sudor y no quedaba comida casi. Me dediqué a escribir pequeños poemas en la arena y a hacer dibujos, la mayoría sin sentido.

Acabé dibujando flores e inconscientemente escribiendo palabras como “socorro” y “ayuda”.

El sexto día lo pasé llorando. Me acurruqué en mi manta que al fin comenzaba a secarse y abracé *Aloma*. Mi cuerpo temblaba y jamás me había sentido tan sola.

Puede que fuera el séptimo, tal vez el octavo día cuando decidí escribir la palabra “socorro” en grande por si alguna avioneta lo veía y acudían a mi rescate.

El noveno día enloquecí. Grité la mayoría del día para mantener la imagen de mis hermanos viva. Canté las sintonías de los programas que mi padre veía. Recordé los consejos de Margaret. Recordé la pregunta que formuló. Y lo peor de todo, recordé mi respuesta. Y juro que jamás me había arrepentido tanto de algo.

El décimo día me di por vencida y simplemente me tumbé bajo el sol, llamando a mi madre con susurros desesperados. La mayor parte del día la pasé con los ojos cerrados y taponando mis oídos con los dedos, para no escuchar la realidad.

Es curioso como, creyendo que estaba escapando de un infierno, ciegamente estaba entrando en una soledad que convertía mi hogar en el cielo. Creo que fue entonces cuando lo comprendí.

¿Qué mejor música que el sonido de tus hermanos correr por el piso y los programas que veía mi padre de fondo?

¿Qué mejor manta que los brazos de mi madre?

¿Y qué mejor novela que la que puedo escribir sobre mi vida? ¿Y qué si no es perfecta? ¿Lo era *Aloma*? ¿*Romeo y Julieta*? Puede que no seamos perfectos, pero ahí está la belleza de la vida: aceptarla tal y como viene. Amarla y compartirla.

Sin duda alguna, insistiría a Margaret para que me volviera formular la pregunta porque esta vez mi respuesta sería muy, muy diferente.

Marta Alarcón Márquez
Institut Puig Castellar



FRAGMENTOS

Concha caminaba por la carretera. Era domingo y se dirigía acompañada por sus padres, su hija y sus hermanas pequeñas hacia las tierras que tenían a las afueras del pueblo. Querían ver cómo habían quedado después del paso de las columnas. Entonces, dos hombres pronunciaron su nombre con tono penetrante. Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo.

—Acompañenos y pobre de usted que oponga resistencia.

Dejó a su hija en brazos de su madre. Le dio el beso más fuerte que pudo y sin poder decir nada se fue con aquellos hombres. La empujaban, la llevaban de los pelos, le escupían, la insultaban.

La plaza del pueblo parecía una especie de escenario improvisado: había mucha gente expectante, inquieta pero... inmóvil. Allí estaba su amiga Margarita, la mujer de Miguel, quien junto a su marido Santiago luchaba en el frente.

Como si de un espectáculo divertido se tratara, hicieron sentar a todas las mujeres en sillas destartadas y les raparon el pelo como republicanas sucias y asquerosas que eran y que como animales había que marcar.

A partir de ese día, y mientras pudo, Concha se tapó la cabeza con un bonito pañuelo que Santiago le había regalado.

* * *

—¿Qué pasa?

—Ábreme la puerta, soy yo, Concha.

—¿Qué quieres? ¿Qué ha pasado?

—Te lo explicaré más adelante, tienes que cuidar de mi hija. Ahora tengo que marcharme.

No sé cuándo volveré... Hija mía, pórtate bien. No me olvides...

—No te preocupes, pase lo que pase no se separará de mí.

* * *

Sabía yo que no podía estarse callado y quietecito... cuando preguntan por voluntarios para misiones siempre se tiene que prestar él y yo, como idiota, le sigo... Vale, yo iré contigo... Pero, es que eres idiota, Miguel... haber dicho que no, la guerra está perdida, de esta no salimos... Recojo todo esto y vamos... Bueno, ¿qué?, ¿nos vamos ya? Sí, sí, si ya estoy listo. Encima me lo pregunta impaciente el tío, cómo se nota que ha nacido para esto. Si sobrevivimos a la mierda esta llegará lejos... pero a mí no me lía más, que yo estoy aquí por su culpa y, en cuanto pueda, me vuelvo al pueblo con mi familia. ¡Pero date prisa, que a este paso nos encuentran ellos a nosotros! ¡Que sí

‘pesao’! Pero si ya estamos llegando donde nos ha dicho el comandante y antes de tiempo y todo, porque aquí no hay ni Dios. Nos ocultaremos entre los arbustos y cuando pasen los asaltamos, ¿todo el mundo lo tiene claro? Que sí, bájate de la piedra que tenemos oídos para escuchar... Hay que ver cómo te gusta mandar, ¿eh?

Hostia, ¿qué ha sido eso? ¡Mierda, nos han pillado! ¿Pero cómo sabían que los íbamos a atacar aquí? Joder... ¡Santiago! ¡Santiago! ¿Dónde vas? Siempre tiene que dar la nota, lo van a matar... Bueno... y a mí. De esta no salimos. ¡Le han dado! ¡En la cabeza! Joder, corre, corre, corre... tengo que traer refuerzos, o un médico... o palas para enterrarlos... Joder. ¡Concha, la niña, mierda!

* * *

Madre de Dios, menos mal que dejé a mi pequeña en casa de mis padres. Son demasiado mayores como para que estos asquerosos sospechen de ellos. Ya sabía yo que no era buena idea que Santiago se fuera al frente y defendiera tanto la República, que la gente del pueblo no es mala pero el miedo y el poder... ¡La vida, me han robado la vida! ¿Quién habrá sido? Yo lo vi venir... Cómo me acuerdo de ella con todos estos niños por aquí... ¿A dónde nos llevarán estos cerdos? ¿Y qué harán con todos estos pobres niños? Estas estaciones, estos vagones insalubres no son lugar para ellos, no son delincuentes, nosotros tampoco, pero pensamos de forma opuesta a esta panda de fascistas, pero ¿y los pobres niños? ¡Los niños! ¡Mi niña! ¿Qué será de ellos? ¿Qué será de nosotros?

El olor de las sardinas que nos dan para comer y el agua sucia me revuelve los intestinos... Tengo ganas de cagar. ¿Nos bajamos? ¿Dónde estamos?

—¡Bienvenidas a Madrid, señoritas! ¡Próxima parada, la cárcel de Las Ventas!

* * *

¡Me acuerdo tanto de él! A pesar del tiempo... Él era el que me daba la fuerza y la esperanza; el que le ponía ganas, entusiasmo... y ahora sin él cómo voy a sobrevivir. ¡Me acuerdo tanto de él! El río, nos bañábamos en el río, éramos renacuajos. Ahora somos esclavos, esclavos... trabajamos con nuestras manos para construirle al Caudillo, tan alabado, perfecto, bueno y a todos sus “caídos” un enorme monumento para que nadie los olvide. ¿Y a nosotros? ¿Quién nos recordará?

No puedo ni enviar cartas. ¿Qué les podría explicar? ¿Lo que en realidad estoy viviendo aquí? ¿Todo el dolor, el cansancio que vivo, lo poco que como, lo mal que duermo en el suelo, el frío que paso...?

El sol me quema la cabeza, me duelen los brazos, el cuerpo entero me pesa, se me nubla la vista... No... siento... nada.

* * *

—Cuando tenía nueve años vivía en casa de mi abuela. Yo sabía que estábamos en guerra y que mi padre era un héroe como me decía mi madre antes de irse y antes de que le raparan su hermoso cabello rubio. Recuerdo que siempre lo llevaba medio recogido con unas pinzas preciosas y brillantes, media cabellera quedaba suelta y rizada. Cuando aquellos salvajes le raparon esos preciosos cabellos de oro se empezó a tapar su blanca cabeza con un pañuelo que mi padre le había regalado antes de partir hacia el frente. También me acuerdo de que no vi a mi madre portándolo durante demasiado tiempo. Ella sabía que estábamos en peligro, bueno, que ella estaba en peligro y por eso me escondió con mis abuelos, para protegerme. Vivía con ellos. Yo preguntaba por mis padres y siempre recibía la misma respuesta: después de la guerra se habían ido a hacer un viaje y tardarían mucho en volver. Mis abuelos sabían perfectamente el destino que mis padres habían corrido. Sabían perfectamente que el valiente Santiago había muerto durante la guerra porque cuando le dispararon en la cabeza pudieron transportarlo, aún con un hilo de vida, a un hospital improvisado donde falleció. Desde allí Miguel pudo contactar con mi abuelo para que fuera a enterrarlo como se merecía. Por aquel entonces mi pobre madre se hallaba en la misma cárcel de la que jamás salió, aunque como nos podemos imaginar, por su carácter y como nos corroboró la superviviente que nos dio la triste noticia, murió luchando. En fin, mi familia es una familia de fragmentos por la guerra. La verdad es que yo no sabía el porqué en aquel entonces, pero no salía de casa de mis abuelos y el hecho en sí tampoco me preocupaba. Simplemente, un día empecé a ir a la escuela sin más y volví a hacer todas esas cosas que suelen hacer los niños de diez años, intentando aparentar que todo aquello no había pasado, como si no me hubiera enterado de nada, envuelta en el silencio, inmersa en el miedo a... ¡Conchita! Trae la achicoria que empieza la novela. Y no preguntes más, niña. El pasado pasado está.

—¡Sí, abuela!

Patricia Pérez Aguilera
Institut Can Peixauet



POE¹: SOBRE EL MÉTODO DE COMPOSICIÓN

En una nota que en estos momentos tengo a la vista, Charles Dickens dice lo siguiente, refiriéndose a un análisis que efectué del mecanismo de *Barnaby Rudge*: “¿Saben, dicho sea de paso, que Godwin escribió su *Caleb Williams* al revés? Comenzó enmarañando la materia del segundo libro y luego, para componer el primero, pensó en los medios de justificar todo lo que había hecho”.

Se me hace difícil creer que fuera ése precisamente el modo de composición de Godwin; por otra parte, lo que él mismo confiesa no está de acuerdo en manera alguna con la idea de Dickens. Pero el autor de *Caleb Williams* era un autor demasiado entendido para no percatarse de las ventajas que se pueden lograr con algún procedimiento semejante.

Si algo hay evidente es que un plan cualquiera que sea digno de este nombre ha de haber sido trazado con vistas al desenlace antes que la pluma ataque el papel. Sólo si se tiene continuamente presente la idea del desenlace podemos conferir a un plan su indispensable apariencia de lógica y de causalidad, procurando que todas las incidencias y en especial el tono general tienda a desarrollar la intención establecida.

Creo que existe un radical error en el método que se emplea por lo general para construir un cuento. Algunas veces, la historia nos proporciona una tesis; otras veces, el escritor se inspira en un caso contemporáneo o bien, en el mejor de los casos, se las arregla para combinar los hechos sorprendentes que han de tratar simplemente la base de su narración, proponiéndose introducir las descripciones, el diálogo o bien su comentario personal donde quiera que un resquicio en el tejido de la acción brinde la ocasión de hacerlo.

A mi modo de ver, la primera de todas las consideraciones debe ser la de un efecto que se pretende causar. Teniendo siempre a la vista la originalidad (porque se traiciona a sí mismo quien se atreve a prescindir de un medio de interés tan evidente), yo me digo, ante todo: entre los innumerables efectos o impresiones que es capaz de recibir el corazón, la inteligencia o, hablando en términos más generales, el alma, ¿cuál será el único que yo deba elegir en el caso presente?

Habiendo ya elegido un tema novelesco y, a continuación, un vigoroso efecto que producir, indago si vale más evidenciarlo mediante los incidentes o bien el tono o bien por los incidentes vulgares y un tono particular o bien por una singularidad equivalente de tono y de incidentes; luego, busco a mi alrededor, o acaso mejor en mí mismo, las combinaciones de acontecimientos o de

¹ Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor norteamericano, autor de relatos de terror, macabros, de misterio, detectivescos, etc., de poemas como *El cuervo* y de la novela *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*.

tomos que pueden ser más adecuados para crear el efecto en cuestión.

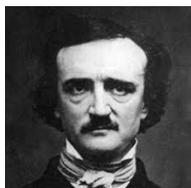
He pensado a menudo cuán interesante sería un artículo escrito por un autor que quisiera y que pudiera describir, paso a paso, la marcha progresiva seguida en cualquiera de sus obras hasta llegar al término definitivo de su realización.

Me sería imposible explicar por qué no se ha ofrecido nunca al público un trabajo semejante; pero quizá la vanidad de los autores haya sido la causa más poderosa que justifique esa laguna literaria. Muchos escritores, especialmente los poetas, prefieren dejar creer a la gente que escriben gracias a una especie de sutil frenesí o de intuición extática; experimentarían verdaderos escalofríos si tuvieran que permitir al público echar una ojeada tras el telón, para contemplar los trabajosos y vacilantes embriones de pensamientos. La verdadera decisión se adopta en el último momento, ¡a tanta idea entrevista!, a veces sólo como en un relámpago y que durante tanto tiempo se resiste a mostrarse a plena luz, el pensamiento plenamente maduro pero desechado por ser de índole inabordable, la elección prudente y los arrepentimientos, las dolorosas raspaduras y las interpolaciones. Es, en suma, los rodamientos y las cadenas, los artificios para los cambios de decoración, las escaleras y los escotillones, las plumas de gallo, el colorete, los lunares y todos los aceites que en el noventa y nueve por ciento de los casos son lo peculiar del histrión literario.

Por lo demás, no se me escapa que no es frecuente el caso en que un autor se halle en buena disposición para reemprender el camino por donde llegó a su desenlace.

Generalmente, las ideas surgieron mezcladas; luego fueron seguidas y finalmente olvidadas de la misma manera.

En cuanto a mí, no comparto la repugnancia de que acabo de hablar, ni encuentro la menor dificultad en recordar la marcha progresiva de todas mis composiciones. Puesto que el interés de este análisis o reconstrucción, que se ha considerado como un *desiderátum* en literatura, es enteramente independiente de cualquier supuesto ideal en lo analizado, no se me podrá censurar que salte a las conveniencias si revelo aquí el *modus operandi* con que logré construir una de mis obras. Escojo para ello *El cuervo* debido a que es la más conocida de todas. Consiste mi propósito en demostrar que ningún punto de la composición puede atribuirse a la intuición ni al azar; y que aquélla avanzó hacia su terminación, paso a paso, con la misma exactitud y la lógica rigurosa propias de un problema matemático. [...]



ONETTI¹: EL DECÁLOGO

1. No busquen ser originales. El ser distinto es inevitable cuando uno no se preocupa de serlo.
2. No intenten deslumbrar al burgués. Ya no resulta. Éste sólo se asusta cuando le amenazan el bolsillo.
3. No traten de complicar al lector, ni buscar ni reclamar su ayuda.
4. No escriban jamás pensando en la crítica, en los amigos o parientes, en la dulce novia o esposa. Ni siquiera en el lector hipotético.
5. No sacrifiquen la sinceridad literaria a nada. Ni a la política ni al triunfo. Escriban siempre para ese otro, silencioso e implacable, que llevamos dentro y no es posible engañar.
6. No sigan modas, abjuren del maestro sagrado antes del tercer canto del gallo.
7. No se limiten a leer los libros ya consagrados. Proust y Joyce fueron despreciados cuando asomaron la nariz, hoy son genios.
8. No olviden la frase, justamente famosa: 2 más dos son cuatro; pero ¿y si fueran 5?
9. No desdeñen temas con extraña narrativa, cualquiera sea su origen. Roben [temas] si es necesario.
10. Mientan siempre [cuando escriban].
11. No olviden que Hemingway escribió: “Incluso di lecturas de los trozos ya listos de mi novela, que viene a ser lo más bajo en que un escritor puede caer.”



¹ Juan Carlos Onetti (1909-1994), escritor uruguayo, premio Cervantes 1980, autor de novelas y cuentos. Algunas de sus obras, como *La vida breve* y *El astillero*, transcurren en el espacio mítico de Santa María.

JULIO CORTÁZAR¹: SOBRE EL CUENTO

1. **El cuento, género poco encasillable.**- (...) Nadie puede pretender que los cuentos sólo deban escribirse luego de conocer sus leyes. En primer lugar, no hay tales leyes; a lo sumo cabe hablar de puntos de vista, de ciertas constantes que dan una estructura a ese género tan poco encasillable; en segundo lugar, los teóricos y los críticos no tienen por qué ser los cuentistas mismos, y es natural que aquéllos sólo entren en escena cuando exista ya un acervo, un acopio de literatura que permita indagar y esclarecer su desarrollo y sus cualidades.

2. **Ajuste del tema a la forma.**- (...) Los cuentistas inexpertos suelen caer en la ilusión de imaginar que les bastará escribir lisa y llanamente un tema que los ha conmovido, para conmover a su turno a los lectores. Incurren en la ingenuidad de aquél que encuentra bellísimo a su hijo, y da por supuesto que los demás lo ven igualmente bello. Con el tiempo, con los fracasos, el cuentista capaz de superar esa primera etapa ingenua, aprende que en literatura no bastan las buenas intenciones. Descubre que para volver a crear en el lector esa conmoción que lo llevó a él a escribir el cuento, es necesario un oficio de escritor, y que ese oficio consiste, entre otras cosas, en lograr ese clima propio de todo gran cuento, que obliga a seguir leyendo, que atrapa la atención, que aísla al lector de todo lo que lo rodea para después, terminado el cuento, volver a conectarlo con su circunstancia de una manera nueva, enriquecida, más honda o más hermosa. Y la única forma en que puede conseguirse ese secuestro momentáneo del lector es mediante un estilo basado en la intensidad y en la tensión, un estilo en el que los elementos formales y expresivos se ajusten, sin la menor concesión, a la índole del tema, le den su forma visual y auditiva más penetrante y original, lo vuelvan único, inolvidable, lo fijen para siempre en su tiempo y en su ambiente y en su sentido más primordial.

(...) Pienso que el tema comporta necesariamente su forma. Aunque a mí no me gusta hablar de temas; prefiero hablar de bloques. Repentinamente hay un conjunto, un punto de partida. Hice muchos de mis cuentos sin saber cómo iban a terminar, de la misma manera que no sabía lo que había en la popa del barco de Los premios, y eso vale para todo lo que he escrito.

Es lo que me interesa más: guardar esa especie de inocencia —una inocencia muy poco inocente, si usted quiere, porque finalmente soy un veterano de la escritura— como actitud

1 Julio Cortázar (1914-1984), escritor argentino, traductor de la obra completa de Edgar Allan Poe. Su novela *Rayuela* marcó a toda una generación y algunos de sus cuentos han quedado como obras maestras del género.

fundamental frente a lo que va a ser escrito.

No sé si usted ha hecho la experiencia, pero hay escritores que proyectan escribir un libro y se lo cuentan a usted en detalle, en un café, todo está listo, todo planteado: cuando lo escriben, generalmente es un mal libro.

3. **Brevedad.**- (...) El cuento contemporáneo se propone como una máquina infalible destinada a cumplir su misión narrativa con la máxima economía de medios; precisamente, la diferencia entre el cuento y lo que los franceses llaman nouvelle y los anglosajones long short story se basa en esa implacable carrera contra el reloj que es un cuento plenamente logrado.

4. **Unidad y esfericidad.**- (...) Para entender el carácter peculiar del cuento se le suele comparar con la novela, género mucho más popular y sobre el que abundan las preceptivas. Se señala, por ejemplo, que la novela se desarrolla en el papel, y por lo tanto en el tiempo de lectura, sin otros límites que el agotamiento de la materia novelada; por su parte, el cuento parte de la noción de límite, y en primer término de límite físico, al punto que en Francia, cuando un cuento excede de las veinte páginas, toma ya el nombre de nouvelle, género a caballo entre el cuento y la novela propiamente dicha. En este sentido, la novela y el cuento se dejan comparar analógicamente con el cine y la fotografía, en la medida en que en una película es en principio un "orden abierto", novelesco, mientras que una fotografía lograda presupone una ceñida limitación previa, impuesta en parte por el reducido campo que abarca la cámara y por la forma en que el fotógrafo utiliza estéticamente esa limitación. No sé si ustedes han oído hablar de su arte a un fotógrafo profesional; a mí siempre me ha sorprendido el que se exprese tal como podría hacerlo un cuentista en muchos aspectos. Fotógrafos de la calidad de un Cartier-Bresson o de un Brassai definen su arte como una aparente paradoja: la de recortar un fragmento de la realidad, fijándole determinados límites, pero de manera tal que ese recorte actúe como una explosión que abre de par en par una realidad mucho más amplia, como una visión dinámica que trasciende espiritualmente el campo abarcado por la cámara. Mientras en el cine, como en la novela, la captación de esa realidad más amplia y multiforme se logra mediante el desarrollo de elementos parciales, acumulativos, que no excluyen, por supuesto, una síntesis que dé el "clímax" de la obra, en una fotografía o un cuento de gran calidad se procede inversamente, es decir que el fotógrafo o el cuentista se ven precisados a escoger y limitar una imagen o un acaecimiento que sean significativos, que no solamente valgan por sí mismos sino que sean capaces de actuar en el espectador o en el lector como una especie de

apertura, de fermento que proyecta la inteligencia y la sensibilidad hacia algo que va mucho más allá de la anécdota visual o literaria contenidas en la foto o en el cuento. Un escritor argentino, muy amigo del boxeo, me decía que en ese combate que se entabla entre un texto apasionante y su lector, la novela gana siempre por puntos, mientras que el cuento debe ganar por *knockout*. Es cierto, en la medida en que la novela acumula progresivamente sus efectos en el lector, mientras que un buen cuento es incisivo, mordiente, sin cuartel desde las primeras frases. No se entienda esto demasiado literalmente, porque el buen cuentista es un boxeador muy astuto, y muchos de sus golpes iniciales pueden parecer poco eficaces cuando, en realidad, están minando ya las resistencias más sólidas del adversario. Tomen ustedes cualquier gran cuento que prefieran y analicen su primera página. Me sorprendería que encontrarán elementos gratuitos, meramente decorativos. El cuentista sabe que no puede proceder acumulativamente, que no tiene por aliado al tiempo; su único recurso es trabajar en profundidad, verticalmente, sea hacia arriba o hacia abajo del espacio literario. Y esto, que así expresado parece una metáfora, expresa sin embargo lo esencial del método. El tiempo del cuento y el espacio del cuento tienen que estar como condensados, sometidos a una alta presión espiritual y formal para provocar esa “apertura” a que me refería antes.

(...) Cada vez que me ha tocado revisar la traducción de uno de mis relatos (o intentar la de otros autores, como alguna vez con Poe) he sentido hasta qué punto la eficacia y el sentido del cuento dependían de esos valores que dan su carácter específico al poema y también al jazz: la tensión, el ritmo, la pulsación interna, lo imprevisto dentro de parámetros previstos, esa libertad fatal que no admite alteración sin una pérdida irrestañable. Los cuentos de esta especie se incorporan como cicatrices indelebles a todo lector que los merezca: son criaturas vivientes, organismos completos, ciclos cerrados, y respiran.

5. El ritmo.- (...) Cuando escribo percibo el ritmo de lo que estoy narrando, pero eso viene dentro de una pulsión. Cuando siento que ese ritmo cesa y que la frase entra en un terreno que podríamos llamar prosaico, me cuenta que tomo por una falsa ruta y me detengo. Sé que he fracasado. Eso se nota sobre todo en el final de mis cuentos, el final es siempre una frase larga o una acumulación de frases largas que tienen un ritmo perceptible si se las lee en voz alta. A mis traductores les exijo que vigilen ese ritmo, que hallen el equivalente porque sin él, aunque estén las ideas y el sentido, el cuento se me viene abajo.

6. Intensidad.- (...) Basta preguntarse por qué un determinado cuento es malo. No es malo por el

tema, porque en literatura no hay temas buenos ni temas malos, hay solamente un buen o un mal tratamiento del tema. Tampoco es malo porque los personajes carecen de interés, ya que hasta una piedra es interesante cuando de ella se ocupan un Henry James o un Franz Kafka. Un cuento es malo cuando se lo escribe sin esa tensión que debe manifestarse desde las primeras palabras o las primeras escenas. Y así podemos adelantar ya que las nociones de significación, de intensidad y de tensión han de permitirnos, como se verá, acercarnos mejor a la estructura misma del cuento.

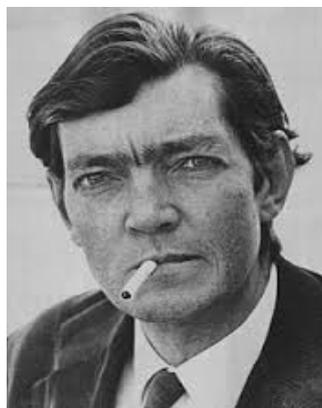
7. Objetivación del tema.- (...) Un verso admirable de Pablo Neruda: “Mis criaturas nacen de un largo rechazo”, me parece la mejor definición de un proceso en el que escribir es de alguna manera exorcizar, rechazar criaturas invasoras proyectándolas a una condición que paradójicamente les da existencia universal a la vez que las sitúa en el otro extremo del puente, donde ya no está el narrador que ha soltado la burbuja de su pipa de yeso. Quizá sea exagerado afirmar que todo cuento breve plenamente logrado, y en especial los cuentos fantásticos, son productos neuróticos, pesadillas o alucinaciones neutralizadas mediante la objetivación y el traslado a un medio exterior al terreno neurótico; de todas maneras, en cualquier cuento breve memorable se percibe esa polarización, como si el autor hubiera querido desprenderse lo antes posible y de la manera más absoluta de su criatura, exorcizándola en la única forma en que le era dado hacerlo: escribiéndola.

8. Temas significativos.- (...) Miremos la cosa desde el ángulo del cuentista y en este caso, obligadamente, desde mi propia versión del asunto. Un cuentista es un hombre que de pronto, rodeado de la inmensa algarabía del mundo, comprometido en mayor o menor grado con la realidad histórica que lo contiene, escoge un determinado tema y hace con él un cuento. Este escoger un tema no es tan sencillo. A veces el cuentista escoge, y otras veces siente como si el tema se le impusiera irresistiblemente, lo empujara a escribirlo. En mi caso, la gran mayoría de mis cuentos fueron escritos —cómo decirlo— al margen de mi voluntad, por encima o por debajo de mi conciencia razonante, como si yo no fuera más que una médium por el cual pasaba y se manifestaba una fuerza ajena. Pero esto, que puede depender del temperamento de cada uno, no altera el hecho esencial y es que en un momento dado hay tema, ya sea inventado o escogido voluntariamente, o extrañamente impuesto desde un plano donde nada es definible. Hay tema, repito, y ese tema va a volverse cuento. Antes de que ello ocurra, ¿qué podemos decir del tema en sí? ¿Por qué ese tema y no otro? ¿Qué razones mueven consciente o inconscientemente al cuentista a escoger un determinado tema.

A mí me parece que el tema del que saldrá un buen cuento es siempre excepcional, pero no quiero decir con esto que un tema debe ser extraordinario, fuera de lo común, misterioso o insólito. Muy al contrario, puede tratarse de una anécdota perfectamente trivial y cotidiana. Lo excepcional reside en una cualidad parecida a la del imán; un buen tema atrae todo un sistema de relaciones conexas, coagula en el autor, y más tarde en el lector, una inmensa cantidad de nociones, entrevisiones, sentimientos y hasta ideas que flotaban virtualmente en su memoria o su sensibilidad; un buen tema es como un sol, un astro en torno al cual gira un sistema planetario del que muchas veces no se tenía conciencia hasta que el cuentista, astrónomo de palabras, nos revela su existencia. O bien, para ser más modestos y más actuales a la vez, un buen tema tiene algo de sistema atómico, de núcleo en torno al cual giran los electrones; y todo eso, al fin y al cabo, ¿no es ya como una proposición de vida, una dinámica que nos insta a salir de nosotros mismos y a entrar en un sistema de relaciones más complejo y más hermoso?

(...) Sin embargo, hay que aclarar mejor esta noción de temas significativos. Un mismo tema puede ser profundamente significativo para un escritor, y anodino para otro; un mismo tema despertará enormes resonancias en un lector, y dejará indiferente a otro. En suma, puede decirse que no hay temas absolutamente significativos o absolutamente insignificantes. Lo que hay es una alianza misteriosa y compleja entre cierto escritor y cierto tema en un momento dado, así como la misma alianza podrá darse luego entre ciertos cuentos y ciertos lectores.

(...) Y ese hombre que en un determinado momento elige un tema y hace con él un cuento será un gran cuentista si su elección contiene —a veces sin que él lo sepa conscientemente— esa fabulosa apertura de lo pequeño hacia lo grande, de lo individual y circunscrito a la esencia misma de la condición humana. Todo cuento perdurable es como la semilla donde está durmiendo el árbol gigantesco. Ese árbol crecerá entre nosotros, dará su sombra en nuestra memoria.



NIETZSCHE¹: DIEZ MANDAMIENTOS PARA ESCRIBIR CON ESTILO

1. Lo que importa más es la vida: el estilo debe vivir.

2. El estilo debe ser apropiado a tu persona, en función de una persona determinada a la que quieres comunicar tu pensamiento.

3. Antes de tomar la pluma, hay que saber exactamente cómo se expresaría de viva voz lo que se tiene que decir. Escribir debe ser sólo una imitación.

4. El escritor está lejos de poseer todos los medios del orador. Debe, pues, inspirarse en una forma de discurso muy expresiva. Su reflejo escrito parecerá de todos modos mucho más apagado que su modelo.

5. La riqueza de la vida se traduce por la riqueza de los gestos. Hay que aprender a considerar todo como un gesto: la longitud y la cesura de las frases, la puntuación, las respiraciones; También la elección de las palabras, y la sucesión de los argumentos.

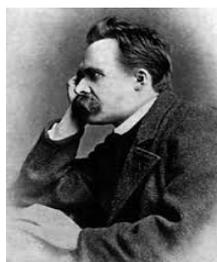
6. Cuidado con el período. Sólo tienen derecho a él aquellos que tienen la respiración muy larga hablando. Para la mayor parte, el período es tan sólo una afectación.

7. El estilo debe mostrar que uno cree en sus pensamientos, no sólo que los piensa, sino que los siente.

8. Cuanto más abstracta es la verdad que se quiere enseñar, más importante es hacer converger hacia ella todos los sentidos del lector.

9. El tacto del buen prosista en la elección de sus medios consiste en aproximarse a la poesía hasta rozarla, pero sin franquear jamás el límite que la separa.

10. No es sensato ni hábil privar al lector de sus refutaciones más fáciles; es muy sensato y muy hábil, por el contrario, dejarle el cuidado de formular él mismo la última palabra de nuestra sabiduría.



¹ Friedrich Nietzsche (1844-1900), filósofo y poeta alemán, autor de, entre otras obras, *Así hablaba Zaratustra*, ejemplo de su fuerte y personal estilo en el que parecen vivir apasionadamente las ideas de este decálogo.

GARCÍA MÁRQUEZ¹: PARA CONTAR HISTORIAS

Empiezo por decirles que esto de los talleres se me ha convertido en un vicio. Yo lo único que he querido hacer en mi vida —y lo único que he hecho más o menos bien— es contar historias. Pero nunca imaginé que fuera tan divertido contarlas colectivamente. Les confieso que para mí la estirpe de los griots, de los cuenteros, de esos venerables ancianos que recitan apólogos y dudosas aventuras de Las mil y una noches en los zocos marroquíes, esa estirpe, es la única que no está condenada a cien años de soledad ni a sufrir la maldición de Babel. Era una lástima que nuestro esfuerzo quedara confinado a estas cuatro paredes, a los contados participantes de uno u otro taller. Bueno, les anuncio que muy pronto romperemos el cascarón. Nuestras reflexiones y discusiones, que hemos tenido el cuidado de grabar, se transcribirán y serán publicadas en libro, el primero de los cuales se titulará *Cómo se cuenta un cuento*. Muchos lectores podrán compartir entonces nuestras búsquedas y además nosotros mismos, gracias a la letra impresa, podremos seguir paso a paso el proceso creador con sus saltos repentinos o sus minúsculos avances y retrocesos.

Hasta ahora me había parecido difícil, por no decir imposible, observar en detalle los caprichosos vaivenes de la imaginación, sorprender el momento exacto en que surge una idea, como el cazador que descubre de pronto en la mirilla de su fusil el instante preciso en que salta la liebre. Pero con el texto delante creo que será fácil hacer eso. Uno podrá volver atrás y decir: “Aquí mismo fue”. Porque uno se dará cuenta de que a partir de ahí -de esa pregunta, ese comentario, esa inesperada sugerencia- fue cuando la historia dio un vuelco, tomó forma y se encauzó definitivamente.

Una de las confusiones más frecuentes, en cuanto al propósito del taller, consiste en creer que venimos aquí a escribir guiones o proyectos de guión. Es natural. Casi todos ustedes son o quieren ser guionistas, escriben o aspiran a escribir para la televisión y el cine, y como esto es una escuela de cine y televisión, precisamente, es lógico que al llegar aquí mantengan los hábitos mentales del oficio. Siguen pensando en términos de imagen, estructuras dramáticas, escenas y secuencias, ¿no es así? Pues bien: olvídenlo. Estamos aquí para contar historias. Lo que nos interesa aprender aquí es cómo se arma un relato, cómo se cuenta un cuento. Me pregunto, sin embargo, hablando con entera franqueza, si eso es algo que se pueda aprender. No quisiera descorazonar a nadie, pero estoy convencido de que el mundo se divide entre los que saben contar historias y los que no, así como, en un sentido más amplio, se divide entre los que cagan bien y los que cagan mal,

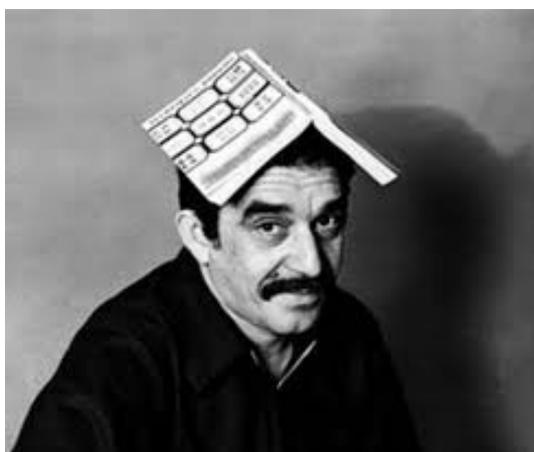
¹ Gabriel García Márquez (1927-2014), escritor colombiano, premio Nobel de Literatura, autor de novelas y cuentos como *Cien años de soledad*, una novela inolvidable ambientada en el espacio mítico de Macondo.

o, si la expresión les parece grosera, entre los que obran bien y los que obran mal, para usar un piadoso eufemismo mexicano. Lo que quiero decir es que el cuentero nace, no se hace. Claro que el don no basta. A quien sólo tiene la aptitud pero no el oficio, le falta mucho todavía: cultura, técnica, experiencia... Eso sí: posee lo principal. Es algo que recibió de la familia, probablemente no sé si por la vía de los genes o de las conversaciones de sobremesa. Esas personas que tienen aptitudes innatas suelen contar hasta sin proponérselo, tal vez porque no saben expresarse de otra manera. Yo mismo, para no ir más lejos, soy incapaz de pensar en términos abstractos. De pronto me preguntan en una entrevista cómo veo el problema de la capa de ozono o qué factores, a mi juicio, determinarán el curso de la política latinoamericana en los próximos años, y lo único que se me ocurre es contarles un cuento. Por suerte, ahora se me hace mucho más fácil, porque además de la vocación tengo la experiencia y cada vez logro condensarlos más y por tanto aburrir menos.

La mitad de los cuentos con que inicié mi formación se los escuché a mi madre. Ella tiene ahora ochenta y siete años y nunca oyó hablar de discursos literarios, ni de técnicas narrativas, ni de nada de eso, pero sabía preparar un golpe de efecto, guardarse un as en la manga mejor que los magos que sacan pañuelitos y conejos del sombrero. Recuerdo cierta vez que estaba contándonos algo, y después de mencionar a un tipo que no tenía nada que ver con el asunto, prosiguió su cuento tan campante, sin volver a hablar de él, hasta que casi llegando al final, ¡paff!, de nuevo el tipo — ahora en primer plano, por decirlo así—, y todo el mundo boquiabierto, y yo preguntándome, ¿dónde habrá aprendido mi madre esa técnica, que a uno le toma toda una vida aprender? Para mí, las historias son como juguetes y armarlas de una forma u otra es como un juego. Creo que si a un niño lo pusieran ante un grupo de juguetes con características distintas, empezaría jugando con todos pero al final se quedaría con uno. Ese uno sería la expresión de sus aptitudes y su vocación. Si se dieran las condiciones para que el talento se desarrollara a lo largo de toda una vida, estaríamos descubriendo uno de los secretos de la felicidad y la longevidad. El día que descubrí que lo único que realmente me gustaba era contar historias, me propuse hacer todo lo necesario para satisfacer ese deseo. Me dije: esto es lo mío, nada ni nadie me obligará a dedicarme a otra cosa. No se imaginan ustedes la cantidad de trucos, marrullerías, trampas y mentiras que tuve que hacer durante mis años de estudiante para llegar a ser escritor, para poder seguir mi camino, porque lo que querían era meterme a la fuerza por otro lado. Llegué inclusive a ser un gran estudiante para que me dejaran tranquilo y poder seguir leyendo poesías y novelas, que era lo que a mí me interesaba. Al final del cuarto año de bachillerato —un poco tarde, por cierto— descubrí una cosa importantísima, y es que si uno pone atención a la clase después no tiene que estudiar ni estar con la angustia permanente de las preguntas y los exámenes. A esa edad, cuando uno se concentra lo absorbe todo como una

esponja. Cuando me di cuenta de eso hice dos años —el cuarto y el quinto— con calificaciones máximas en todo. Me exhibían como un genio, el joven de 5 en todo, y a nadie le pasaba por la cabeza que eso yo lo hacía para no tener que estudiar y seguir metido en mis asuntos. Yo sabía muy bien lo que me traía entre manos.

Modestamente, me considero el hombre más libre del mundo —en la medida en que no estoy atado a nada ni tengo compromisos con nadie— y eso se lo debo a haber hecho durante toda la vida única y exclusivamente lo que he querido, que es contar historias. Voy a visitar a unos amigos y seguramente les cuento una historia; vuelvo a casa y cuento otra, tal vez la de los amigos que oyeron la historia anterior; me meto en la ducha y, mientras me enjabono, me cuento a mí mismo una idea que venía dándome vueltas en la cabeza desde hacía varios días... Es decir, padezco de la bendita manía de contar. Y me pregunto: esa manía, ¿se puede transmitir? ¿Las obsesiones se enseñan? Lo que sí puede hacer uno es compartir experiencias, mostrar problemas, hablar de las soluciones que encontró y de las decisiones que tuvo que tomar, por qué hizo esto y no aquello, por qué eliminó de la historia una determinada situación o incluyó un nuevo personaje... ¿No es eso lo que hacen también los escritores cuando leen a otros escritores? Los novelistas no leemos novelas sino para saber cómo están escritas. Uno las voltea, las desatornilla, pone las piezas en orden, aísla un párrafo, lo estudia, y llega un momento en que puede decir: “Ah, sí, lo que hizo éste fue colocar al personaje aquí y trasladar esa situación para allá, porque necesitaba que más allá...” En otras palabras, uno abre bien los ojos, no se deja hipnotizar, trata de descubrir los trucos del mago. La técnica, el oficio, los trucos son cosas que se pueden enseñar y de las que un estudiante puede sacar buen provecho. Y eso es todo lo que quiero que hagamos en el taller: intercambiar experiencias, jugar a inventar historias, y en el ínterin ir elaborando las reglas del juego.



HORACIO QUIROGA¹: DECÁLOGO

1. Cree en un maestro —Poe, Maupassant, Kipling, Chejov— como en Dios mismo.
2. Cree que su arte es una cima inaccesible. No sueñes en domarla. Cuando puedas hacerlo, lo conseguirás sin saberlo tú mismo.
3. Resiste cuanto puedas a la imitación, pero imita si el influjo es demasiado fuerte. Más que ninguna otra cosa, el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia
4. Ten fe ciega no en tu capacidad para el triunfo, sino en el ardor con que lo deseas. Ama a tu arte como a tu novia, dándole todo tu corazón.
5. No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas.
6. Si quieres expresar con exactitud esta circunstancia: “Desde el río soplaba el viento frío”, no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarla. Una vez dueño de tus palabras, no te preocupes de observar si son entre sí consonantes o asonantes.
7. No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él solo tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.
8. Toma a tus personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea.
9. No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala morir, y evócala luego. Si eres capaz entonces de revivirla tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino
10. No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida del cuento.



¹ Horacio Quiroga (1878-1937), cuentista uruguayo, autor de libros como *Cuentos de amor de locura y de muerte* y de los entrañables *Cuentos de la selva*.

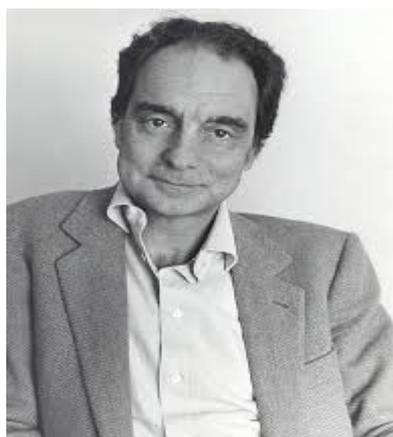
CALVINO¹: CÓMO ESCRIBO

Escribo a mano y hago muchas, muchas correcciones. Diría que tacho más de lo que escribo. Tengo que buscar cada palabra cuando hablo, y experimento la misma dificultad cuando escribo. Después hago una cantidad de adiciones, interpolaciones, con una caligrafía diminuta.

Me gustaría trabajar todos los días. Pero a la mañana invento todo tipo de excusas para no trabajar: tengo que salir, hacer alguna compra, comprar los periódicos. Por lo general, me las arreglo para desperdiciar la mañana, así que termino escribiendo de tarde. Soy un escritor diurno, pero como desperdicio la mañana, me he convertido en un escritor vespertino. Podría escribir de noche, pero cuando lo hago no duermo. Así que trato de evitarlo.

Siempre tengo una cantidad de proyectos. Tengo una lista de alrededor de veinte libros que me gustaría escribir, pero después llega el momento de decidir que voy a escribir ese libro.

Cuando escribo un libro que es pura invención, siento un anhelo de escribir de un modo que trate directamente la vida cotidiana, mis actividades e ideas. En ese momento, el libro que me gustaría escribir no es el que estoy escribiendo. Por otra parte, cuando estoy escribiendo algo muy autobiográfico, ligado a las particularidades de la vida cotidiana, mi deseo va en dirección opuesta. El libro se convierte en uno de invención, sin relación aparente conmigo mismo y, tal vez por esa misma razón, más sincero.



¹ Italo Calvino (1923-1985), escritor italiano, autor de novelas y cuentos desbordantes de imaginación, como la novela *Si una noche de invierno un viajero*, admirable por la variedad de recursos y técnicas con las que encandila.

HEMINGWAY¹: VARIOS CONSEJOS

Escribe frases breves. Comienza siempre con una oración corta. Utiliza un inglés vigoroso. Sé positivo, no negativo.

La jerga que adoptes debe ser reciente, de lo contrario no sirve.

Evita el uso de adjetivos, especialmente los extravagantes como "espléndido, grande, magnífico, suntuoso".

Nadie que tenga un cierto ingenio, que sienta y escriba con sinceridad acerca de las cosas que desea decir, puede escribir mal si se atiene a estas reglas.

Para escribir me retrotraigo a la antigua desolación del cuarto de hotel en el que empecé a escribir. Dile a todo el mundo que vives en un hotel y hospédate en otro. Cuando te localicen, múdate al campo. Cuando te localicen en el campo, múdate a otra parte. Trabaja todo el día hasta que estés tan agotado que todo el ejercicio que puedas enfrentar sea leer los diarios. Entonces come, juega tenis, nada, o realiza alguna labor que te atonte sólo para mantener tu intestino en movimiento, y al día siguiente vuelve a escribir.

Los escritores deberían trabajar solos. Deberían verse sólo una vez terminadas sus obras, y aun entonces, no con demasiada frecuencia. Si no, se vuelven como los escritores de Nueva York. Como lombrices de tierra dentro de una botella, tratando de nutrirse a partir del contacto entre ellos y de la botella. A veces la botella tiene forma artística, a veces económica, a veces económico-religiosa. Pero una vez que están en la botella, se quedan allí. Se sienten solos afuera de la botella. No quieren sentirse solos. Les da miedo estar solos en sus creencias...

A veces, cuando me resulta difícil escribir, leo mis propios libros para levantarme el ánimo, y después recuerdo que siempre me resultó difícil y a veces casi imposible escribirlos.

Un escritor, si sirve para algo, no describe. Inventa o construye a partir del conocimiento personal o impersonal.



¹ Ernest Hemingway (1899-1961), escritor norteamericano, periodista en la Guerra civil española y premio Nobel de Literatura. Dos de sus obras más populares son *París era una fiesta* y *El viejo y el mar*.

MONTERROSO¹: DECÁLOGO

Primero. Cuando tengas algo que decir, dilo; cuando no, también. Escribe siempre.

Segundo. No escribas nunca para tus contemporáneos, ni mucho menos, como hacen tantos, para tus antepasados. Hazlo para la posteridad, en la cual sin duda serás famoso, pues es bien sabido que la posteridad siempre hace justicia.

Tercero. En ninguna circunstancia olvides el célebre dicitum: “En literatura no hay nada escrito”.

Cuarto. Lo que puedas decir con cien palabras dilo con cien palabras; lo que con una, con una. No emplees nunca el término medio; así, jamás escribas nada con cincuenta palabras.

Quinto. Aunque no lo parezca, escribir es un arte; ser escritor es ser un artista, como el artista del trapecio, o el luchador por antonomasia, que es el que lucha con el lenguaje; para esta lucha ejercítate de día y de noche.

Sexto. Aprovecha todas las desventajas, como el insomnio, la prisión, o la pobreza; el primero hizo a Baudelaire, la segunda a Pellico y la tercera a todos tus amigos escritores; evita pues, dormir como Homero, la vida tranquila de un Byron, o ganar tanto como Bloy.

Séptimo. No persigas el éxito. El éxito acabó con Cervantes, tan buen novelista hasta el Quijote. Aunque el éxito es siempre inevitable, procúrate un buen fracaso de vez en cuando para que tus amigos se entristezcan.

Octavo. Fórmate un público inteligente, que se consigue más entre los ricos y los poderosos. De esta manera no te faltarán ni la comprensión ni el estímulo, que emana de estas dos únicas fuentes.

Noveno. Cree en ti, pero no tanto; duda de ti, pero no tanto. Cuando sientas duda, cree; cuando creas, duda. En esto estriba la única verdadera sabiduría que puede acompañar a un escritor.

Décimo. Trata de decir las cosas de manera que el lector sienta siempre que en el fondo es tanto o más inteligente que tú. De vez en cuando procura que efectivamente lo sea; pero para lograr eso tendrás que ser más inteligente que él.

Undécimo. No olvides los sentimientos de los lectores. Por lo general es lo mejor que tienen; no como tú, que careces de ellos, pues de otro modo no intentarías meterte en este oficio.

Duodécimo. Otra vez el lector. Entre mejor escribas más lectores tendrás; mientras les des obras cada vez más refinadas, un número cada vez mayor apetecerá tus creaciones; si escribes cosas para el montón nunca serás popular y nadie tratará de tocarte el saco en la calle, ni te señalará con el dedo en el supermercado.

El autor da la opción al escritor de descartar dos de estos enunciados, y quedarse con los restantes diez.



¹ Augusto Monterroso (1921-2003), escritor guatemalteco, maestro del relato breve. *La oveja negra y demás fábulas* y *Movimiento perpetuo* recogen cuentos y minicuentos desbordantes de humor y de ingenio.



DE 14 A 20

L'Associació de Pares i Mares d'Alumnes (AMPA) de l'Institut Puig Castellar, amb l'objectiu de promoure l'interès per la literatura i l'expressió escrita entre els joves de Santa Coloma de Gramenet, convoca per tercer any consecutiu el concurs literari "De 14 a 20".

BASES DEL CONCURS

- 1ª.** El concurs està obert a tots els joves d'entre 14 i 20 anys que visquin, estudiïn o treballin a Santa Coloma.
- 2ª.** Poden presentar-s'hi treballs escrits en català o en castellà.
- 3ª.** Els relats presentats poden ser de ficció o de testimoni de fets reals.
- 4ª.** La dotació del premi és de 200 € per l'obra guanyadora i de 100 € per cadascuna de les tres finalistes. Una part d'aquests premis es lliurarà en metàl·lic i l'altra en un val per comprar llibres.
- 5ª.** Els textos aniran escrits amb lletra Times o Arial de 12 punts de mida, a doble espai i marges de 3 cm per cada banda, amb una extensió de 3 (mínim) a 20 folis per una sola cara.
- 6ª.** Els treballs poden enviar-se per correu electrònic (ampa@iespuigcastellar.xeill.net) o dipositar-se en un sobre tancat des de la data d'aquesta convocatòria fins el 8 d'abril de 2016 (data límit) a l'Associació de Pares i Mares de l'Institut Puig Castellar. En aquest mateix sobre s'inclourà la plica amb les dades de l'autor (nom i cognoms, edat i centre d'estudi o treball).
- 7ª.** El jurat del concurs estarà format per tres professors de diferents instituts, un membre de l'AMPA convocant i un escriptor local.
- 8ª.** Els premis poden declarar-se deserts si cap dels treballs reuneix la qualitat necessària.
- 9ª.** El veredict del jurat es farà públic el 20 d'abril de 2016, a les 18 h, en un acte literari a la biblioteca de l'Institut Puig Castellar.
- 10ª.** L'entitat convocant es reserva la possibilitat de publicar les obres guanyadores i algunes de les no premiades que es considerin d'interès.

Santa Coloma, 28 d'octubre de 2015